Editorial Febrero 2026

10.02.2026

Los secretos del sumario

El itinerario de notas de este número 32 roba la atención e invita a demorarse en cada una de sus paradas, una a una, trazando un recorrido en el que, si no te enamora una, te enamoran todas. Aun es verano, recambio de turnos vacacionales, todo el mundo vuelve con su botín de hechos y de voces para depositarlo en el porche de Tierra Media donde se arma una extraña liturgia de objetos escritos e imágenes. Son piezas de un territorio común alumbrado por el mismo, inconmensurable sol. Sobreviene un orden de

malabares y acrobacias y entonces se adivina eso que va a brotar, una revista tal vez, criatura que nace con una sonrisa sincera y decidida (tal vez por el azar).

Comenzamos un recorrido por el Sumario. Llevamos a mano el folleto con los carteles pintarrajeados de las estaciones, lo vamos repasando antes de la próxima curva.

• El poeta Juan Larrea fue la personalidad literaria española de mayor importancia que haya residido larga y establemente en la ciudad de Córdoba, donde compartió su saber y su experiencia de años explosivos para la poesía y para el mundo. Eugenia Cabral sabe cómo tejer su figura.

• Aníbal Buede crea un diálogo entre libros de Juan Terranova y Enrique Vilas-Matas, para inspirar la reflexión sobre las capas del arte contemporáneo, en un evento alemán y otro cordobés de este milenio. Propone la universalidad de las problemáticas, los discursos y procedimientos que atraviesan sus lenguajes.

• Rescatamos una entrevista de 2021 a esa extraordinaria cantante que es la venezolana Cecilia Todd, que Jackie Bini guarda como un tesoro en los archivos de "Cantarinas". Incluye audios con las respuestas de la artista y para disfrutar de algunas de sus más bellas canciones.

• Nicolás Talone, curador de la galería fotográfica de **Tierra Media**, nos acerca a la obra de la artista chilena María Jesús Miranda Navia, quien en "Arqueología del presente" capta el paso de siluetas sobre la textura del muro del Convento San José, en la calle Independencia, como huellas de un pasado en proceso.

• Al sur de Punilla se encuentra *Sombraitoro*, que no es un lugar sino una banda referencial con arraigo local. Santiago Pfleiderer va tras ella para traernos un reporte, que llega con ritmo y sabor de reggae serrano.

• El director de una película cordobesa que cumplió diez años de producción y se estrenará en este 2026, "Tras el barco de Fitzcarraldo", nos comparte el plan, la historia y las derivas del rodaje. Gabriel Abalos entrevista a Emmanuel Figueroa.

• En "Babilonia", Javier Marín comparte la primera parte de una serie de entrevistas hechas en Maryland, entre los años 2002 y 2004, a inmigrantes que trataban de adaptarse a un mundo nuevo, ajeno, a veces hostil y otras, amigable. El autor ingresa en esas voces que laten y son su materia narrativa de primera mano.

• La vida en Ipanema sin duda ha de estar llena de extrañas y múltiples historias y algunas de ellas caben perfectamente en viñetas de pocas palabras, como sabe

escribirlas Luis Altamira.

• Un presente que imagina otra distribución y otros modos de habitar la vida, es lejos mejor plan que la fe en un progreso infinito técnico-científico, depositada en el futuro. Desarrolla el tema Soledad González en "Los trabajos y la tierra".

• Hay días en que se pueden entretejer una serie de hechos desastrosos y, a mitad de camino del ciclo de la mala suerte, convertirse en una parábola de orden cósmico, o lo que fuere. Lo sufre, lo cuenta y lo vuelve desopilante Fernando Vélez.

• Omar Hefling tuvo que avenirse, algunas noches de enero, a ver por la tele el Festival de Jesús María, y regresó de esas incursiones con la impresión de que todo, salvo excepciones, refiere a una patria que ya no existe.

• Un crack del fútbol brasileño de los años sesenta, con piernas torcidas, fue el mejor del mundo y, además, se volvió inolvidable. Arturo Jaimez Lucchetta arrima sus líneas al encanto de la historia de Garrincha.

• Luis Rodeiro le da forma al cariñoso recuerdo de un maestro del diseño gráfico de diarios y revistas, a la vez un personaje único e inolvidable del alma periodística cordobesa: Sarlanga.

• Noelia Pajón llama siempre la atención hacia las miradas inclusivas y en este caso se detiene en "El derecho a no entender del todo" en materia de artes. La accesibilidad puede residir en la libertad del propio proceso de comprensión, fruto de la práctica de la experiencia de cada quien ante las obras.

• Los jóvenes días del verano cordobés en un camping pueden volverse tan aburridos que acaban aconsejando a los muchachos acciones vandálicas, incluso iconoclastas, según memorias personales de Adrián Savino.

• Víctor Ramés recoge huellas de las grandes inversiones que se convirtieron en enormes y lujosos hoteles serranos cordobeses de comienzos del siglo veinte, cuando el país era rico, moderno y ajeno.

• "Ojalá no lo hubiéramos hecho", tremendo título para otro cuento de los infinitos que se inventa Marta García cada vez, en base a sus memorias, sus sueños, su maestría. Pocas cosas mejores que leerlo, y no se puede parar hasta el final.

• Con el manejo del humor, la ternura, el color, el lenguaje del comic clásico y las palabras justas en la sucesión de cuadros, o en uno único, Ale Galváliz vuelve irrecusables sus fragmentos concentrados de vida cotidiana.

• El sonido de un poema de Luciano Debanne lo devuelve a su dimensión oral, después de haber nacido del paso del silencio a la escritura. Es el fruto de "Un ratito de lectura" de este número de febrero y lo dice Barbi Couto.

Babilonia

10.02.2026

Primera entrega

Javier Marín

Entre 2002 y 2004 viví en Maryland, en una pequeña ciudad de las afueras de Washington DC. Al llegar, y para familiarizarme con la gente y el lugar, comencé a frecuentar bibliotecas populares, en donde grupos de voluntarios estadounidenses daban talleres para inmigrantes en que se enseñaba y practicaba el idioma inglés, se les explicaban usos y costumbres, recursos o centros de ayuda a los que podían concurrir, y se les informaba sobre sus derechos. Eran encuentros semanales de unas dos horas, en los que se mezclaban personas de todo tipo de origen social, étnico y cultural. Se podía oír una variedad increíble de idiomas y conocer gente de lugares remotos o muy poco conocidos. Al terminar los talleres, no era raro que los asistentes se acercaran a charlar un rato entre ellos. Poco a poco, se fue despertando mi curiosidad de periodista y comencé a hablar con personas que me habían causado algún tipo de impresión o curiosidad particular. Así, poco a poco, y en el transcurso de varios meses de charlas y algunas entrevistas grabadas, fui recolectando testimonios de personas que estaban viviendo la difícil experiencia de adaptarse a un mundo nuevo, ajeno, a veces hostil y otras, amigable. El resultado de todas esas conversaciones son los siguientes relatos, en los que me he permitido ficcionalizar algunos detalles o circunstancias que habían quedado incompletos o confusos. Del total de historias, me quedé solo con un puñado, que elegí por su singularidad o por la impresión que en ese momento los protagonistas causaron en mí. Me parece que en este momento en que la inmigración ha sido puesta en el foco de la persecución criminal no solo en Estados Unidos sino en buena parte de Occidente, estos relatos admiten una lectura actualizada, más dramática.

PARTE I - ÁFRICA

1.

La familia Hillah dejó Togo una noche de tormenta, en un avión que parecía de tela y alambre, temblando entre los cielos furiosos del África Occidental. Llegaron a los Estados Unidos sin más cosas que sus ropas de colores, un maletín con más ropa de colores y una interminable colección de collares y perfumes extraños. Hablaban un francés colonial y unas pocas frases en inglés.

Se acomodaron como pudieron en una habitación que alquilaron a un liberiano y el padre salió a buscar trabajo. En Togo había sido contador, pero ahora se conformaba con lo que le ofrecieran: comenzó a trabajar podando árboles y a las pocas semanas ya era capataz de una cuadrilla. Ahora está un poco más tranquilo, ya no le asustan tanto las autopistas ni le da náusea el olor de los McDonald.

Madre e hija son dos gordas gotas de agua, pero la hija lleva siempre una sonrisa liviana, que no ha podido ahogar una vida de privaciones y sufrimiento. Ella se encarga de las relaciones públicas, hace las compras, paga las cuentas y charla con las vecinas, mientras la madre cocina y recocina guisos humeantes y vistosos, repletos de verduras exóticas, huevos cocidos y trocitos de carne. También prepara tartas, pasteles dulces, mermeladas y otras comidas exquisitas que aprendió cuando era casi una niña.

Los tres comen con un apetito de tigre y no hay hora en que no se feliciten de esta abundancia. En Togo, recuerdan, había semanas en que apenas probaban bocado.

Ahora que están por cumplir un año en este nuevo país, la familia Hillah se ha propuesto ir a un restaurante por primera vez en su vida. Pero ¿cómo ir a un restaurante? ¿Cuál escoger? ¿Quién les enseñará la interminable ceremonia, los tiempos, la elección del menú y el cálculo de la propina? ¿Cómo sabrán lo que piden? ¿Qué les dirá el mozo al verlos tan reciamente africanos? Es una faena que, temen, les pueda llevar algunos años más. Y deciden, por ahora, no ir.

2.

Kojomo tiene una mirada atenta, penetrante, detrás de unos anteojos de marco dorado; está rapado y usa un pequeño aro de oro en la oreja izquierda. Hace un par de años escapó de las Islas Comores en un bote de remos que lo llevó hasta la costa de Madagascar. De alguna manera –que no cuenta- consiguió subirse a un avión que lo dejó en México y de allí partió, por tierra, a la frontera con Estados Unidos. La traspasó en un camión apilado entre dos docenas de mexicanos y centroamericanos medio asfixiados.

Kojomo recuerda en un inglés de inspector Clouseau que su especialidad es la seguridad. Su último trabajo fue cuidar al presidente de Comores, que estaba en plena campaña de reelección. Recorrían los pueblos más inhóspitos en una caravana de autos blindados, en medio de un territorio hostil cuando, en una emboscada, lograron matarlos a todos excepto a él. Después de correr durante un día seguido se refugió en una playa solitaria y cuando pudo consiguió el bote que lo sacó del país.

Kojomo tiene una inteligencia fría y ejecutiva, planifica todo porque detesta el azar. Domina varias disciplinas, incluido el manejo de armas de fuego, las artes marciales y la electrónica. Es capaz de montar y desmontar una bomba y matar con un golpe de puño. Consiguió trabajo en Washington; le bastó concurrir a una agencia de seguridad y exhibir una de sus habilidades, desarmando al guardia que estaba a dos metros de él, distraído. Le quitó la pistola, lo volteó con una llave y le puso un pie en la espalda. Dejó la pistola y su tarjeta sobre el escritorio. El guardia fue despedido y Kojomo tomó el puesto. Así inició su American Dream.

3.

Ellema reniega y se pregunta por qué le fue tan fácil aprender el idioma francés y ahora le es tan difícil leer y escribir el inglés. No quiere saber nada con hablarlo o entenderlo, porque ese intrincado guaguá, acompañado de siseos escalofriantes, le parece obra de

Satán. Ahora que debe tratar con algunos blancos todos los días está convencida de que el inglés es la lengua que habla el demonio.

Ellema vivía en un pueblito de Camerún donde era la única maestra de un centenar de alumnos a los que enseñaba a leer y escribir bajo un inmenso galpón a veces usado como depósito. El Gobierno le había prometido que le pagaría un sueldo pero a los tres años de trabajar sin recibir un centavo perdió toda esperanza.

Un misterioso conducto diplomático la depositó en la capital del mundo. Cuando llegó a Washington, se fue a vivir al altillo de una casa repleta de inmigrantes de África Occidental. Le ofrecieron trabajo limpiando pisos y dijo que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que no la obligara a aprender ese idioma que ya entreveía infernal.

Desde que llegó, Ellema leía todas las noches su Biblia y se sentía reconfortada, dormía sin pesadillas ni angustias, acunada por la promesa de una vida mejor, si no aquí más allá, después de la muerte. Pero un día algún travieso le robó o le escondió la Biblia. La cuestión es que desapareció de entre sus cosas. Ella se pasó varios días suplicando que la devuelvan, aunque fue en vano. No pensó que podría comprar otra Biblia, en francés; sospechaba que era un idioma completamente desconocido fuera de Francia y África Occidental, dos lugares ahora tan distantes e inalcanzables para ella como la constelación de Orión. Alguien en esa casa de locos donde vivía la vio descorazonada y le dio esperanzas, pero ella no sabía siquiera dónde podía conseguir otra Biblia. Deambuló al azar por las iglesias católicas y evangélicas, las bibliotecas y los shoppings, hasta que algún otro le dijo, no se acuerda bien cómo ni por qué, que en un cierto lugar le podrían enseñar inglés, de a poquito, gratis, sin sustos. Ahora va a todas las clases, restándole horas al cansancio y el sueño; quiere aprender inglés solamente para volver a leer la Biblia. Se jura que no lo aprenderá para nada más.

PARTE II: EUROPA

1.

Alex habla lento el inglés y se olvida de las palabras, pero igual lo hace bastante bien, con un acento de noble ruso exiliado en París, arrastrando las erres y enfatizando la simetría de su gramática.

Tenía más de ochenta años cuando llegó por primera vez a los Estados Unidos. Lo hizo resignado, remolcado por su única hija, que vivía en Maryland. Trajo consigo todos sus libros de matemática. Porque Alex era matemático en los tiempos de la Unión Soviética. Trabajó durante años en una recóndita oficina donde el stalinismo lo relegó por perder el tiempo en sus burguesas e inútiles ecuaciones. Para que lo dejaran de molestar por su falta de productividad, comenzó a colaborar con un proyecto clasificado cuyo inefable objetivo era pronosticar terremotos. Su catarata de cálculos aplicados a la geología no alcanzaba. Necesitaba de una computadora, porque en toda la oficina, con sus mil quinientos aplicados burócratas, nadie se había preocupado por conseguir una. Era fines de los años 50 y, recuerda Alex, pedir por escrito una computadora importada era una decisión que podía tener consecuencias impredecibles; sugerir que él mismo debía viajar a comprarla era ya una provocación. Pero Alex siempre se había considerado un poco anarquista, un poco rebelde, y ese tipo de obstáculos no lo detenían.

A los pocos días de enviar la solicitud, un agente de la KGB (supuso Alex) lo citó a una oficina perdida en los arrabales de Moscú. Se consoló pensando que no era en la Lubianka, el cuartel general de los espías, pero sus temores no se aplacaron. El día de la cita Alex se despidió de la familia como si fuera la última vez que los vería y partió. Allí, en una casa segura desprovista de cualquier signo reconocible y discretamente custodiada, lo esperaba una decena de funcionarios, que lo miraban divertidos, como si fuera una excentricidad. Lo invitaron cordialmente a sentarse en una silla solitaria y comenzaron a interrogarlo. Después de contestar sin ansiedad un centenar de preguntas el jefe le anunció: "Esto de conseguir la computadora se puede arreglar pero por ninguna circunstancia usted podría salir del país". Alex insistió en que era él y sólo él quien debería viajar puesto que tendría que hacer un curso para aprender a usar la máquina y poder garantizar su funcionamiento. El jefe se alzó de hombros y le dijo que esperara una respuesta. Lo despidieron con amabilidad.

Pasaron los meses y un buen día fue citado de nuevo a la oficina. En esta oportunidad había apenas tres funcionarios, incluido el jefe, a quien llamaban "el comisario". Sin demasiados preámbulos, el comisario le anunció que viajaría la semana siguiente a Suecia, Suiza, Francia e Italia; durante más de un mes se alojaría en hoteles de primera categoría, visitaría universidades, centros de investigación, museos y ferias de ciencia, seguramente sería invitado a cenas y recepciones lujosas y sería recibido por altos directivos de empresas que él desconocía. Debía ajustar sus modales y se le proporcionaría un vestuario acorde a su nuevo estatus. Se le advirtió que viajaría bajo un falso cargo diplomático y su valija no podría ser revisada. Algunas de las personas que se contactarían con él le darían documentación reservada para el comisario. La gira apenas incluía una semana de estadía en Suecia, donde se suponía que compraría la computadora y se capacitaría para usarla.

Alex viajó, pero al trasponer por primera vez la Cortina de Hierro se dio cuenta de que sus conocimientos del "mundo libre" eran del todo insuficientes para entender lo que pasaba. La mayor parte del tiempo lo hicieron desfilar por hoteles precarios, restaurantes baratos y parques oscuros donde sujetos borrosos y elusivos le dieron documentos y microfilmes y cintas de audio selladas para que entregara al comisario. Viajó mucho y en buena medida disfrutó del viaje, pero no dejó de notar que el lujo, los banquetes y toda la gloria de la decadencia burguesa prometida habían quedado fuera de agenda. Se dijo, al final de viaje, y sabiendo que se engañaba, que quizás eso que vio y vivió sería también parte de la famosa opulencia occidental: solo propaganda. Retornó un poco desilusionado con Occidente pero feliz con su computadora que, recuerda, resultó totalmente inútil para pronosticar terremotos. Pero eso no le preocupó a nadie. Entregó la valija diplomática a un agente y un par de semanas

después, el comisario lo citó a hablar sobre el viaje; al final le palmeó la espalda y le dijo que había hecho un gran servicio a la revolución soviética. Quiso saber si estaría dispuesto a realizar otro viaje en el futuro, pero Alex eludió una respuesta directa.

Después de ese viaje, Alex nunca más pisó Occidente. Pero cuando cincuenta años más tarde su hija le pidió que se fuera a vivir con ella a Estados Unidos, entendió que no podría resistirse mucho. Le pesaba la soledad y le costaba cada vez más mantener su pequeño apartamento. Se asfixiaba con su ridícula jubilación y sufría como una afrenta la codicia de esos nuevos políticos y empresarios, ajenos a toda decencia, que ahora dominaban el país. Ella le habló de los bosques y la música, de las autopistas y las bibliotecas, de la nieve y el ajedrez en las plazas; le habló también de una tierra de libertad y respeto por las ideas, donde la gente no juzga ni se deja juzgar, donde cada uno ocupa el lugar que merece y se gana el pan con esfuerzo y honradez. Al final, viajó. Sin embargo, el país donde Alex supo que iba a morir no le gustó. Y quizás eso era bueno, pensó, al final no lamentaría tener que dejar una tierra extraña, demasiado calurosa, poblada de gente de todos los colores, ruidosa y agitada; aunque nada de eso lo irritaba en particular sino el efecto combinado con la televisión en todas partes, la música estruendosa y el cotillón patriótico, el militarismo infantil y la monotonía densa de las autopistas y los centros comerciales. Pero lo que realmente odió desde que pisó tierra americana eran las interminables normas y regulaciones que vuelven casi imposible hacer cosas tan simples como fumar, cazar y pescar, castigar en público a los hijos, jugar con los osos salvajes, insultar y ofender a los vecinos, nadar en los lagos y los ríos, mear al aire libre, beber vodka en el parque, juntar leña en el bosque. Cosas que había hecho toda su vida y que ni Stalin había logrado arrebatarle. No es que ahora planeara hacer algo de eso, al fin de cuentas Alex ya tiene ochenta y siete años y apenas le alcanzaban las fuerzas para alzar la voz cuando lo contradecían.

Cansado de escuchar cómo lo retan cada vez que se queja o critica algo, Alex prefiere callar. Y cuando alguien le pregunta qué le parece Estados Unidos, dice que él no sabe vivir en un país libre, puesto que le repiten una y otra vez que vive en un país libre.

2.

Un camionero francés puede no parecerse a Gerard Depardieu. Pero Jean Paul se le parece. Llegó hace un par de años a los Estados Unidos buscando nuevas rutas para su inagotable ansiedad de viajar. Francia, Europa misma ya le parecían demasiado pequeñas, demasiado habitadas, aburridas, reguladas, civilizadas, pobladas de puestos fronterizos y controles camineros. Se sentía asfixiado. Así que renunció a su trabajo y se fue a Washington, donde vivía un tío. Imaginaba que una vez que consiguiera trabajo

podría manejar enormes camiones que lanzaría a toda velocidad por caminos donde no se veían huellas humanas durante horas y horas de viaje.

Ni las autopistas ni el tamaño de los camiones lo sorprendieron, en cambio le llamó la atención el número de papeles que debió llenar para que pudiera acceder a un programa de entrenamiento que, una vez completado exitosamente, le permitiría ingresar en lista de espera para solicitar turno para obtener una licencia de conducir vehículos de carga. La burocracia demostró ser más árida, extensa y abrumadora que el desierto de Nevada. Estos contratiempos no desanimaron a Jean Paul; consideró que los sortearía con paciencia y método. Pero las semanas pasaron, sus cheques de viajero volaron y sus expedientes siguieron durmiendo en alguna remota base de datos.

Agotó la paciencia cuando, en una oficina de gobierno, unos camioneros le explicaron con claridad que debía olvidarse de entrar en el negocio, que un francés nunca podría quitarle trabajo a un camionero americano, a menos claro, que quisiera trabajar para una compañía mexicana, con salario mexicano y así viajar por las rutas americanas. Tomó el consejo en serio y cruzó la frontera, pero allá descubrió que el sindicato era aún más xenófobo que en Estados Unidos, y que los carteristas eran más rápidos y que las putas eran más ladronas. Volvió a Washington sin un dólar en los bolsillos y sólo gracias a un pasaje de avión que le envió el tío. Se quedó un mes en la casa, sin ánimo para salir a la puerta, hasta que el tío llegó un día con una "solución razonable", como le dijo. Si quería, podría trabajar para una heladería donde un amigo lo recomendaría. Aceptó de inmediato, agobiado por las deudas y la inmovilidad. Al fin y al cabo, se dijo, podré volver a manejar.

En la empresa le dieron un camioncito que parecía de juguete, lo vistieron con un uniforme que incluía saco, corbata y una gorra de colores con un simpático cono en forma de cucurucho invertido en la punta, le encargaron una ruta que se perdía en los laberintos de suburbios anodinos, idénticos, repletos de chicos caprichosos, siempre dispuestos a pedir los gustos que no tenía y a no entender una sola palabra de francés.

Ahora, mientras reparte helados atrayendo clientes al son de "La cucaracha" y "Los ángeles vienen marchando", se acuerda de la vieja ruta a Lyon, de las putas de Marsella y los caminitos de Borgoña y le dan ganas de estrellar su camioncito, a toda velocidad, contra el primer acoplado que se le cruce a la salida a la autopista.

Javier Marín

Informes →

Cecilia Todd: Sentido, entendimiento y razón

10.02.2026

Jackie Bini

Hay artistas que identifican a un pueblo con su obra. Tal es el caso de **Cecilia Todd**, la trovadora venezolana que traza una pintura fiel del folklore de su país en su amplio registro de estilos y sonoridades. Desde 1972, su relación con Argentina perduró por los afectos y también por la profesión. Aquí vivió tres años y lanzó su primer disco que contiene la popular canción "Pajarillo verde". A manera de tributo a esta entrañable música popular, en estos tiempos convulsionados en su tierra (y el mundo), nos pareció interesante rescatar esta entrevista que le realizamos en plena pandemia, allá por el 2021.

¿Cómo decidiste ser música y por qué la música popular?

En realidad, yo no decidí ser música. Yo creo que nací con eso. Creo que a todos nos pasa, más o menos, igual, ¿no? Yo siempre pienso en estos grandes pintores, en Picasso, yo decía, ¿cómo sería Picasso cuando estaba chiquito, seguro que tenía un un crayón, un lápiz en la mano y andaba pintando por ahí todo? Sí, uno va mostrando su tendencia, su capacidad, su pasión desde siempre. Y siempre me recuerdo a mí en la música desde chiquita cantando. En mi casa éramos muchos, yo soy la menor de seis hermanos, y había un cuatro, el instrumento, que nos acompaña a todos los venezolanos desde siempre, ¿no? En toda la música venezolana, el cuatro es el instrumento clave, pues, y la base. Pues está la bandola, la mandolina, los diferentes tipos de arpas, pero el cuatro es la base de la emoción venezolana. En mi casa había un cuatro, mis hermanos tocaban, en todas las casas había un cuatro, en realidad, en Venezuela, el cuatro es un elemento más de la familia. Y, bueno, yo ahí aprendí, y desde muy chiquita quise mi cuatro, porque el cuatro que había en la casa era muy grande, y no me daban las manos para eso. Entonces, tenía mi cuatro particular, así que siempre he estado en la música, yo no decidí, la música decidió por mí. Y la música popular, por supuesto, imagínate, lo que llevamos por dentro es lo que, en mi caso, me identificó siempre. Cuando empecé, la primera vez que tomé clases de canto, porque ya me di cuenta que la cosa iba enrumbada por ahí, no había otra manera, fue aquí en Caracas y no, en ese momento no había dónde estudiar técnica vocal. Entonces, me recomendaron una cantante lírica que daba clases y fui con ella, y no me gustó, pero para nada. De todas maneras, yo no estaba en la indecisión de música, jamás, era esa música y ya. Pero nada, no, salí corriendo, fui a una clase y dije, no, esto no es lo que yo quiero

¿Se ha modificado el panorama de la escena musical para las mujeres desde cuando te iniciaste, respecto al hoy?

Por alguna razón que no sé cuál será, pero aquí siempre hubo más mujeres cantantes que hombres cantantes, pero mucho, una gran diferencia y, si te digo la verdad, para mí no fue difícil para nada, como mujer para nada y ahora yo creo que hay más facilidades, digamos, ya hay como un camino más abierto, pero yo no veo mucho la diferencia. No creo que en su momento ni en este sea más difícil por la razón de ser mujer específicamente, así que creo que es más o menos lo mismo que cuando yo empecé, la única diferencia es que ahora hay más posibilidades y hay más medios y hay más gente haciendo música. Siempre los comienzos son difíciles, por supuesto, mientras vas haciendo un lugar, mientras vas abriendo camino para cualquier cosa que uno haga, pero creo que ahora hay algunas posibilidades más que antes, pero no es grande la diferencia para mí, o por lo menos para nosotros aquí en Venezuela.

¿Cuáles han sido los principales momentos de tu carrera?

Mira, los principales momentos de la carrera, es difícil, porque fíjate, yo disfruto muchísimo los conciertos, muchísimo. Siempre son un reto, de repente, ¿qué va a pasar aquí? Este es un público diferente, un país diferente, mismo dentro del país. Siempre tienes esa expectativa, yo por lo menos disfruto mucho de la escena, porque hay cantantes que sufren mucho, porque sufren de, qué sé yo, miedo escénico, por ejemplo. Yo lo disfruto mucho, entonces, cada concierto, cada evento es una cosa emocionante para mí, a mí me gusta mucho pensar así, de repente, qué sé yo, una cosa muy especial. Hay conciertos que pasan a la historia, pero la historia mía, de repente, no es lo mismo para el público que para mí. Y cuando se dan momentos mágicos, hay una energía en particular. Siempre son una fiesta, para mí, lo que sea. Algunos no son tanto, debido al público, el momento, pero yo creo que siempre son principales, por alguna razón o por otra, ese momento de compartir, de dar lo que uno tiene, de lo que uno siente. Cada uno es una cosa linda que te queda, siempre algo te queda, tú dices, te acuerdas aquella vez, de repente, cosas muy particulares en cada momento. Siempre son importantes para mí.

Participaste desde siempre con otros artistas, en colaboraciones en vivo o discográficas. ¿Qué nos puedes contar sobre esto?

Compartir con amigos es una cosa maravillosa, amigos que uno quiere y admira mucho. Compartir escenario, compartir disco, es un gusto enorme, enorme, enorme. Y, bueno, imagínate, ahora lo último que he hecho fue aceptar una invitación, que es un lujo para mí, totalmente -que ya habíamos compartido escenario, pero no habíamos grabado- con Teresa Parodi, que me invitó a grabar en este disco de ella, el más reciente (NR: "Después de todo", Teresa Parodi, 2021. Grabaron juntas el tema "El amor volverá"). Y a ella no se le ocurrió que yo podía grabar, porque estamos en pandemia. Pero se enteró por otra queridísima amiga, hermana, que es Magdalena León, que yo estaba grabando algunas cosas, no mías, sino que cosas que iban saliendo. Aquí, muy cerquita de mi casa, que es la casa de un músico que también es familia mía, por decisión propia, que es Chuchito, y él tiene un estudio en su casa. Estamos aquí a tres minutos. Y entonces, cuando Teresa se enteró, pero ¿cómo? ¿Ella ya puede salir a grabar? Entonces me escribió. Digo, sí, aquí tengo un estudio, y me invitó. Y una alegría inmensa, estoy en un disco de Teresa, lo cual es una fiesta, Pero siempre es una una gran alegría compartir con los amigos, con la gente que uno quiere. Muchas veces, muchos, con gente de aquí, por supuesto, con cantantes, músicos de aquí, de allá, he grabado con gente de México, de Puerto Rico, de Uruguay (grabé con Zitarrosa, quien me invitó a cantar una

canción con él y que lo acompañara, eso fue, bueno, imagínate, una cosa absolutamente maravillosa). Así que es una fiesta.

¿De qué manera eliges los temas que integran tu repertorio?

El repertorio, para mí, es básico para cualquier artista, depende de eso el éxito que puedas tener, la aceptación que puedas tener. Sobre todo, a los que hacemos una música diferente, digamos que no es lo que llaman música comercial, no, eso es otra cosa. Aquí, la mayor cantidad de artistas que uno oye por una radio común y corriente, es una música muy comercial, una música que se ha hecho pensando en vender, pasó de ser un arte a un comercio. Pero seguimos unos, varios, muchos, insistiendo que hay otra alternativa también. Entonces, como te decía, el repertorio es lo básico, eso es lo que define para mí a un músico. Entonces, yo, que no soy compositora, algunas cosas he hecho, pero no sería incapaz de denominarme cantautora para nada. Es muy difícil la elección de las canciones, a mí me llegan muchas canciones, muchas, sobre todo en otra época me llegaban, y entonces la música era linda, pero la letra no iba o al revés. Entonces, esa es una de las razones por las cuales yo no tengo cincuenta discos grabados, yo grabo poco, porque soy, además, muy exigente, porque para elegir una canción me tengo que enamorar de ella así también a primera vista como con Buenos Aires, con Argentina. Entonces, bueno, es así, cada canción me atrapa por una razón, por otra, pero tiene que haber esa energía, así que es difícil.

Has tenido un romance con Argentina desde tus inicios. Contános sobre esa relación.

Uy, sí, un romance con Argentina, sí. Mira, ese romance empezó a través de su música. Inclusive antes, porque yo tenía una amiguita en el colegio que su papá era un lingüista muy conocido en el movimiento intelectual, era argentino, Ángel Rosenblatt. Y a través de él, yo era, no sé, tendría 12, 13 años, no recuerdo en qué momento nos conocimos. Y a través de él empecé a oír, fue el primer argentino que conocí. Y empecé a oír de ese país que me fue enamorando. Pero después conocí la música argentina. Y entonces me enamoré más todavía. Y en un momento quise estudiar técnica vocal y música. Y mi primer proyecto era irme a Brasil, donde estaba en San Pablo la escuela del Zimbo Trio, un gran trío, ellos hacían música brasilera, jazz, una cosa maravillosa. Y tuve la oportunidad de conocerlos aquí. Tenían esa escuela extraordinaria en San Pablo. Y ellos me invitaron, no, vente, tienes un cupo para ti, no sé qué. Y fui arreglando todo para irme para allá. Pero los planes, bueno, me metí a estudiar portugués y todo porque ya me iba. Pero la vida me hizo cambiar los planes. Y aquí también había conocido, por los 70, el 71, 72, empezaron a venir para acá muchos artistas. Ya los conocía por discos. Aquí llegaron de una sola vez a nuestras vidas, digo, el grupo nuestro de amigos, mis hermanos. Llegaron Mercedes, Atahualpa, Facundo, Les Luthiers, Buenos Aires 8.

Aparte de los argentinos, también latinoamericanos. Los Inti Illimani, Víctor Jara. Era un momento muy efervescente de la música latinoamericana. Y entonces, bueno, ya yo los había conocido aquí, había compartido con ellos, todos ellos, y sobre todo los argentinos y con Víctor. Y bueno, terminé enrumbada a Buenos Aires. Cuando yo me fui, sabía con quién iba a estudiar porque, gracias a los amigos de Buenos Aires 8 que me dijeron, tenemos una maestra maravillosa que tienes que estudiar con ella, Susana Naidich. Y lo único que sabía era que iba a estudiar con ella. No sabía lo que me esperaba, el clima, el frío, no tenía ni idea. Llegué en pleno invierno. Y hacía un frío de morirse. Yo, por supuesto, soy caribeña. Así que no sabía cómo era eso del frío, del diario, no tenía ni idea, no tenía ropa. Eso fue un desastre. Pero eso fue poner el pie en Buenos Aires. Y me quedé, yo no puedo creer, esta ciudad. Me sentí como en casa. Desde el mismo momento me encantó, me encantó la ciudad. Fui conociendo y bueno, fue un amor a primera vista, digamos. Y qué bueno que ha perdurado a través de los años. Imagínate, eso fue en junio del 73 llegué yo. Y no solamente que sigo enamorada de Buenos Aires, sino que cada vez más siento un apego. Tengo amigos queridísimos, queridísimos, indispensables. Así que cada vez que voy para allá es una fiesta, una fiesta amorosa. No solamente por la música, entonces encima la música, ¿no? Los conciertos, la gente. Cada vez me gusta más. Y ya llevamos varios años de ese enamoramiento. El que más ha durado, por cierto.

Escuchá la entrevista completa y sus canciones aquí:

Jackie Bini

En voz propia →

Culturas y Géneros

10.02.2026

Los trabajos y la tierra

Soledad González

Las orillas reverberan, traen ecos y transmiten frecuencias superpuestas. Lo diverso está al lado, es real, de carne y hueso, vegetal, mineral, acuático, aéreo, fogoso y arcilloso. Es una latencia reconocer lo que es vida y diferenciarla de las falsas promesas de sobrevivencia. En lo grande y lo pequeño, en el pasado y en el presente, algo se escapa de lo conocido y se cuela por los bordes. Si hay un fin, ¿cuál sería?, ¿quién puede enunciarlo para uno y para todxs?

Ezequiel Martínez Estrada en su libro *Radiografía de la pampa*, editado en 1933, nombra los trabajos humillantes desde la colonia: sembrar, tejer, cocinar y limpiar.

Trabajos de esclavos, indios súbditos, siervos y mujeres. Los mismos que para la sociedad de consumo. ¿Cuánto vale la tarea de quien hace las compras, limpia, cocina, baña, cuida, ayuda, protege y trata de repartir?, y ¿quiénes saben hacerlo?

La fe en la expansión y el progreso ilimitado del siglo XV y del XIX trajeron relatos épicos de hombres y "naciones crecientes", mientras que otras partes de la humanidad entraban en ese callejón sin salida de la evolución para perecer junto a sus pueblos y "naciones moribundas".

Gracias a la fantasía cumplida de tener en la mesa un alimento archi procesado y congelado que viajó miles de kilómetros para llegar a nuestro plato el mundo del siglo XX se volvió global. El *baby boom* fue el inicio de una explosión demográfica que ya lleva 80 años, que llegó con la televisión entrando a los hogares, entre 1950 y 1960, y con el glifosato en la agricultura, entre 1970 y 1974. Por esos años lo nuevo fue consumir cunas, chupetes, dejar de amamantar rápido... se logró jerarquizar el ideal de mujer profesional. Y los trabajos humillantes para la colonia: sembrar, tejer, cocinar y limpiar siguieron siendo humillantes. Con estos valores se entiende que en los 90 triunfe la idea de meritocracia dentro de una cultura global y colonial que menosprecia y sigue desconociendo lo cercano. Pausemos.

La implementación del glifosato a nivel global prometía terminar con el hambre mundial. En este siglo XXI las redes prometieron democratizar la información y los talentos. Ya sabemos que al cabo de 50 años el glifosato se viene prohibiendo por varios territorios: en Chubut desde 2020 y en Misiones desde 2025. Y en China el uso de internet en menores se rige por estrictas regulaciones: los mayores de 16 años pueden acceder hasta dos horas, hasta esa edad solo 40 minutos y los menores de 8 años nada. Estos cuidados también se están adoptando en Australia y están siendo mirados con buenos ojos en Francia. Tik Tok es el opio que China le devuelve a occidente.

¿De qué podemos persuadirnos?

Muchxs ambientalistas nos alertan desde 1980, a raíz de la deforestación del Amazonas y otros pulmones verdes, diversos y exuberantes que se destinaron al monocultivo, que en 2030 llegaremos a un estado catatónico irreversible si no frenamos. El derretimiento de los polos y la muerte de los corales están siendo los primeros indicios de lo que no tiene remedio. ¿En 55 años cuánto se pudo devastar? y ¿cuántas semillas se tocaron?

Si visitamos las crónicas de Fray Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552), los hechos allí narrados muestran que en 60 años los Arawaks y Caribes fueron exterminados porque no pudieron adaptarse al poder colonial. Vivían en estado de equilibrio con la naturaleza hasta que llegó la conquista. No sabían de propiedad privada ni de matrimonio. Desconocían las instituciones que venían desde Europa con 4000 años de civilización. El exterminio llevó 60 años. Ni persuasión, ni coacción. Parece que Fray Bartolomé sugirió a la Corona que los preservara y que trajera negros esclavos, aunque más tarde se retractó pronunciándose también contra la trata.

Hay historiadores que atribuyen a los pobladores originarios del Caribe formas de evolución singulares en relación a los territorios. Otros esgrimen que se trataba de antiguas sociedades matriarcales arcaicas que habían llegado a estas costas huyendo de las violencias de otros continentes. Algo que se repite, siglos más tarde, cuando llegaron los inmigrantes europeos huyendo del hambre y portando en su ADN esas violencias que los expulsaba. La huida hacia estas tierras de Abya Yala/América puede ser una huella.

Los tarahumaras, pueblo originario del norte de México, según crónicas de los inicios de nuestra época colonial, percibían al hombre blanco siempre preocupado por la idea de acumular, sin poder ayudar ni ser justo. Desoyendo los ciclos naturales donde lo lleno se vacía y lo vacío se llena y donde no hay ventajas en ir más rápido cuando se trata de ir a la par de la naturaleza. La explosión demográfica de los últimos 80 años acelera los efectos.

No pensemos en la ambición, sino en su otra cara, la sumisión a la idea de progreso que nos siguen imponiendo desde la colonia y que sostuvieron las repúblicas del siglo XIX y la aldea global del siglo XX. Las inteligencias del reino animal y vegetal que tan bien comprendían y comprenden nuestros hermanos originarios están ahí, ni hay que descubrirlas.

En este cotidiano solapado de violencias desde la pandemia muchas personas han sentido una disminución de su energía. Me asombra como docente que los mensajes de las instituciones donde trabajo llegan los siete días de la semana a cualquier hora. El malestar ya no es por la indiferenciación de la realidad y la ficción que todos padecemos desde que existen las redes y desde que se viene democratizando la inteligencia artificial. El malestar también es por el avasallamiento del tiempo y el espacio íntimo.

He conocido este fin de año las historias de dos colegas docentes que fueron atropelladas por un auto en la calle, una al salir de su casa, la otra en la bajada Pucará al salir de la escuela hospitalaria. Después de caer se levantaron, se sacudieron y se subieron a un colectivo para llegar al próximo lugar de trabajo. Horas más tarde, en sus espacios de seguridad e intimidad, al sentir el dolor y ver la piel amoratada tomaron conciencia de ese cuerpo, el suyo. También sucede hoy en las bases, las escuelas, que se discute el sobrevalorado sesgo democrático que se nos impone/o invita a pensar sobre la inteligencia artificial desde las políticas públicas. Existen quienes eligen cuidar del agua y también quienes eligen no hacer uso de la inteligencia artificial. Estas son latencias y dicotomías éticas. No son binarismos persistentes, son límites a los abusos y violencias que se intenta naturalizar sobre la madre tierra y sobre nuestros cuerpos. La rama se bifurca entre la fe en un progreso infinito técnico-científico puesto en el futuro y un presente conservacionista de los recursos que imagina otra distribución y otra forma de habitar el tiempo, nuestro tiempo.

Soledad González

Contame-la →

Del 1 al 5 - Crónica de una moraleja disfuncional

10.02.2026

Fernando Vélez

Las moralejas son propias de las fábulas y siempre se develan al final de la historia. Tenés dos caminos: leer hasta que te aburras o llegar al final.

Jueves 1° de enero de 2026, 16,30 hs.

Aunque los servicios metereológicos habían avisado la tormenta, no me esperaba lo que iba a venir. Desprevenidos nos encontramos en la puerta de mi casa mirando cómo el pequeño patio era destruido por la piedra que caía en seco desde tres de los cuatro puntos cardinales. Las piedras estallaban y se desgranaban contra todas las superficies. El destrozo me dejó como saldo: vidrios rotos, el techo de mi cochera/taller inservible, la camioneta abollada y el tanque de agua y los caños de bajada a mi casa y el departamento perforados. Esa tarde ingresaban al departamento de alquiler por día dos pasajeros. Lo primordial era el estado de la pérdida de agua para saber si podía recibir los huéspedes o tenía que derivarlos. Subí al techo a las 18 hs y comprobé que el

caño de bajada de agua se había fisurado. Era 1° de enero, no había nada abierto para comprar un repuesto. Lo único que pude hacer fue vendar el caño con un rollo de streach que tenía. Deduje que aunque hubiera una pérdida, mientras siguiera ingresando agua al tanque estaría todo bien hasta que pudiera repararlo al día siguiente. No les avisé del inconveniente a los pasajeros y les dije que los esperaba. Llegaron a las 20 hs del primer día del año. Era una pareja de unos 45 años, en un buen coche, manejaba la mujer. Al descender nos saludamos, el hombre demoraba así que su pareja acudió en su ayuda. El hombre estaba enyesado de su pierna derecha, desde la rodilla hasta el pie, se movilizaba con dos muletas. Instintivamente, casi de un modo premonitorio, me agarré la cabeza.

-No! –exclamé- ¿Qué te pasó?

-Me corté el tendón de Aquiles.

Los hice ingresar y me puse a su disposición. A las 23 hs la mujer me llamó al celular.

-Hola Fer, ¿Cómo estás? Te cuento que estamos en el baño con mi marido, lo estoy lavando para la cirugía que tiene mañana a las 6 de la mañana…y vos sabes que lo tengo acá todo enjabonado y no sale agua. ¿El baño funciona así?

Lo que respondí no viene al caso porque eran una infinidad de disculpas, algo había fallado en mi conjetura. Inmediatamente subí al techo con dos escaleras para comprobar la integridad del tanque. En el camino, entre medio de las tejas mojadas, me crucé con la comadreja que visita mi cocina casi todas las noches, le tiré una patada a lo lejos. Llegué hasta el tanque y comprobé que estaba vacío; el flotante no tenía la boya y además estaba trabado. Es decir que mientras el caño de bajada se iba en aguas, en el tanque no ingresaba una gota de agua. Mi conjetura de una rotura que podía funcionar como una especie de fuente permanente no había funcionado. No sólo eso. Era un espanto para el pobre tipo enjabonado en el baño que se tenía que operar al día siguiente.

Viernes 2 de enero de 2026

Por la mañana temprano llamé al plomero, porque si bien yo hago esas reparaciones, a esta altura ya no confiaba en mis capacidades. Yo tenía mucha urgencia y estrés porque a las 16 hs. Ingresaba una pareja por 6 noches. La piedra había destruido todo eso, pero también había roto todas las plantas y las hojas habían caído en el techo de teja colonial, que también había sido castigado. Pasado el mediodía el plomero

solucionó los problemas de agua. Cuando terminó, bajando de una escalera, me preguntó:

-¿Cuántas chances tenés que las piedras te pinchen el caño y al mismo tiempo se tranque el flotante del tanque? Te hiciste el año, culiado!

-No sé....si!

El plomero se fue y me quedé muy contento. Era viernes 2 de enero.

Llegó la pareja que iba a vacacionar, dos mujeres que estimo de unos 30 años, Victoria y Lourdes. Llegaron en Uber. Se habían quedado esperando en un Mc Donalds cercano hasta que estuviera el departamento listo.

Sábado 3 de enero de 2026

Me desperté muy temprano, vi las noticias de la invasión de EEUU para llevarse a Maduro y su señora. Eso me trastornó. Estuve viendo noticias mucho tiempo. Finalmente hice fiaca y al mediodía fui al supermercado para hacer las compras. Al llegar a la esquina de la farmacia y la avenida me encontré con un perro perdido. Era joven y bonito. Cruza de bóxer con desconocido, pelaje corto color miel, muy atlético, de temperamento nervioso pero dócil, llevaba collar de cuero color suela. Me dejó tocarlo. En el momento tuve un impulso por rescatarlo inmediatamente. Reconocí mi alerta interior que ya conozco y le dije:

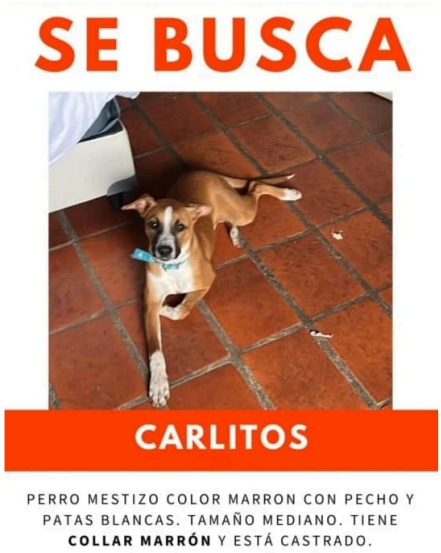
-Ya vuelvo, no te muevas.

Crucé la avenida sin mirar atrás, entré al supermercado e hice mis compras. Al salir me encontré con el perro esperándome en la puerta, me había seguido. Le dije que me viniera conmigo. Crucé la avenida sin mirar atrás. El perro me siguió. Al terminar de cruzar la avenida me di vuelta para verlo. En ese momento lo atropelló un auto, una Eco Sport de color bordó. El perro rodó y comenzó a gritar y llorar en un costado de la calle. Dejé las bolsas en el piso, vi que no había sangre.

Me acerqué y se alejó. Lo intenté de nuevo y otra vez se alejó. Junté mis bolsas y lo llamé. De ese modo lo llevé dos cuadras hasta mi casa. Abrí la puerta y esperé que el perro entendiera. El perro entró. Me sentí bien, redimido. "Ahora sí empiezo bien este año" pensé. Me sentí tan bien, pero tan bien que me reía solo. El perro que recién llegaba a mi casa se llevaba bien con las gatas. Tuve la tentación de quedármelo. Pero lo que más contento me ponía era que lo iba a ayudar a encontrar de nuevo su hogar.

Le hice varias fotos y un video. Lo compartí entre mis

amigos y vecinos de la zona. Uno de ellos me dijo:



-¡Fer! ¡Conozco a la número uno de los perros! ¡Es como una Abuela de Plaza de Mayo que recupera nietos, pero de perros! ¡Nunca falla!

-De una! Pasáme el dato.

La mujer en cuestión se llamaba Rossana. Le escribí y le dije lo sucedido, también le compartí las fotos y el video del perro. Me respondió enseguida y me solicitó que en una de las fotos que le había mandado pusiera mi celular y los datos y circunstancias del encuentro con el animal. Lo hice y se lo envié. A los cinco minutos me mandó un mensaje diciendo: "!Listo! ¡Ya lo publiqué en todos lados!" Me sentí mejor que nunca mientras miraba al perro aullar en el patio.

A los 5 minutos recibí una llamada por wahtsapp de un número desconocido. Atendí. La charla fue como sigue:

-¡Fer! ¡Fer! ¡Hola Fer! ¡Te llamo por el perro que encontraste! ¡Estoy acá con mi hijo y lo queremos ver! ¡Estamos desesperados! ¿Lo podemos ver? ¿Lo tenés vos? (Mientras hablaba se oían voces y ruidos de ciudad)

-Hola, ¡Si! Yo lo tengo

-¿En serio? ¡No! ¡Me muero! ¿Lo podemos ver? ¿Te puedo hacer una videollamada?

-Si, ¡Más vale! ¿Cómo te llamás?

-Rodrigo ¡Fer! Ya te llamo. Dame un toque y te llamo. ¡Gracias Fer!

Sonó la videollamada por whatsapp y atendí

-¡Fer!! Fer! ¿Vos me ves? ¿Vos me ves?

-No, veo toda la pantalla negra y en una ventana me veo yo.

-Ah!!! ¿Vos tenés Iphone?

-No, qué voy a tener Iphone...

-Ah...ya te llamo de nuevo, ¿Puede ser?

-Sí, dale.

Nueva videollamada de whatsapp

-¡Fer! ¡Fer! ¿Ahora me ves?

-No, está igual que antes.

-Claro! Entonces es una incompatibilidad entre Iphone y Android. Yo te lo soluciono así podemos ver a "Cachito" por video con mi hijo. Te voy a mandar un código de mi teléfono y vos me decís los números que ves, ¿Puede ser?

-Si, dale.

Desde ese momento la charla se trató de un intercambio de pantallas donde en la mía veía una fila de seis dígitos. Rodrigo me pidió que se los dijera, lo hice. Luego me dijo que no había funcionado, que me iba a mandar otra tanda de números y que se los dictara. Cuando iba por el quinto número me di cuenta que era una estafa. Me enojé y exploté en furia. Mucho no podía hacer porque no tenía a mano a Rodrigo. Así que lo insulté de arriba abajo. Le dije que lo iba a matar a él y a su hijo. También le dije cosas mucho peores que no voy a reproducir. Él me decía que no le corte. "¡No Fer! ¡No cortes!". Lo primero que hice fue cortar la llamada y en medio del impulso de ira descomunal pensé que debía desinstalar wathsapp antes que me hackearan todo el teléfono. Lo hice, mi teléfono comenzó a recibir llamadas desde el número de Rodrigo y también de otros números desconocidos. No atendí ninguno. A esa altura del sábado 3 de enero de 2026 mi enojo estaba casi completamente desatado.

A las 17 horas mi furia estalló contra el perro que había socorrido. Pensé en pegarle. No lo hice. Lo miré fijamente, del mismo modo que los me conocen no quieren que los mire. El animal se dio cuenta y comenzó a aullar desesperadamente. Salí al patio despacio y también despacio le abrí la puerta sin tocarlo. El perro ganó la calle agradecido. "Perro de mierda" dije suavemente en el patio mientras volvía por el pasto crecido. Eso me dio algo de alivio porque me había sacado un problema de encima pero ahora tenía otros. Ya no tenía whatsapp y la estafa se estaba iniciando. En primer lugar le avisé a mi familia, luego comencé a comunicarme con los clientes del departamento a través del messenger de Booking, uno por uno alertándolos de la situación. Después los bancos y aplicaciones de pagos, luego avisar por Instagram a mis amigos y conocidos que curiosamente no había sido hackeada. Así pasé toda la tarde hasta la noche, dando explicaciones, pidiendo disculpas y en otros casos mintiendo. Cuando me disponía a dormir recibí un llamado que lo empeoró todo y me quitó el sueño, pero es algo que no pienso contar.

Domingo 4 de enero de 2026

Desperté resacoso por la mañana. Me fui a caminar por mi circuito del Parque Kempes. Volví, me bañé y me dispuse a mirar el celular. Tenía un mensaje de mi pasajera Victoria que había llegado el 2 de enero. Decía:

-¡Hola Fer! Recién veo el mensaje. ¡Qué Garrón!

-Si Vicky, un mocazo. Cualquier cosa por acá, no por watsapp.

-Si! Yo ayer perdí mi billetera con todo lo que tenía. Plata, DNI, tarjetas, ¡Todo!

-¡Nooo! ¿Dónde?

-En la Reserva del Río Suquía, acá cerca...

-¿Querés que te lleve a la policía?

-No, ¡Gracias Fer! Voy a denunciar las tarjetas nomás

-¿Segura?

-Si

Después de esa charla no pude evitar pensar que estaba sucediendo un conjunto de sucesos extraordinarios. Durante todo el domingo permanecí encerrado e incomunicado.

Lunes 5 de enero de 2026

Por la mañana, al despertarme, ya quería que el 2026 hubiera terminado, "El 2026 está perdido" me dije a mi mismo. Empecé a pensar en el 2027 como si fuera un futuro y me di cuenta que me estaba repitiendo, "También el 2027 está perdido" me dije de nuevo. Mientras cagaba y pensaba eso, agarré el celular y vi que mis trámites para recuperar la cuenta de wathsapp habían dado resultado. El alivio fue doble. Mientras aún hacía fuerza en el inodoro pude ver cómo se actualizaba la lista de chats de la aplicación...era interminable, llena de números desconocidos. Tiré la cadena y me fui derecho a la ducha. Me quedé un rato largo. Fui a la mesa del comedor con el mate y por fin abrí la aplicación en el celular.

Había muchos mensajes, todos inconclusos. Primero leí los de mi familia, amigos, conocidos y clientes a los cuales habían contactado. No hubo estafas concretadas. Todos los que me conocen saben que nunca pido plata, más vale salgo a robar antes que pedir.

Después de ver lo que importaba comencé a mirar lo desconocido, temiendo también que atrás de esos mensajes se encontrara otra estafa, un virus, un hacker, un Trump, o un troll cualquiera. Revisé todos los mensajes, todos eran por el anuncio del perro perdido. Todos eran de mujeres. El único contacto que tuve de un hombre por el perro, fue el de Rodrigo que me hackeo la cuenta de wathsapp. A todas las mujeres les dije que me habían hackeado la cuenta por tratar de ayudar y que el perro se había ido por debajo de la puerta. Algunas demostraron sorpresa al enterarse.

También me encontré con lo menos pensado. Ahí, entre 12 mensajes desconocidos, estaba el de la farmacéutica del barrio, Carolina.

-Hola Caro, ¿Cómo estás? Acabo de ver tu mensaje y tus llamadas perdidas. Ayer me hackearon la cuenta de wathsapp. Recién veo esto porque la acabo de recuperar. ¡Espero que no te hayan estafado! ¡Mil disculpas Caro!

-¡Fer! ¿Qué pasó? Vos sabés que el sábado me llegó tu mensaje del perro a través de Vivi, tu vecina. Y bueno...viste...yo estoy en varios grupos del barrio, por la farmacia... entonces lo compartí a tu aviso en los grupos que tengo.

-Claro, si. ¡Muchas gracias!

-No, ¡Pará! La cosa es que cuando ya había compartido tu publicación me dijo mi sobrina que vive al lado: "Caro, ese perro está en la puerta de tu casa". Entonces salí y lo vi que estaba ahí en la vereda. Así que busqué una correa y lo agarré.

-¿Y?

-Y bueno, entonces me puse a pensar y dije: el aviso lo hizo el Fer, así que mejor se lo llevo a su casa que es acá a una cuadra. Y le pedí a mi sobrina que me acompañe a llevarte el perro a tu casa.

-¿En serio?

-Si Fer! Fuimos a tu casa y te estuve llamando y gritando y vos nada. No contestabas nada.

-No Caro, yo estaba encerrado adentro de mi pieza y ahí no se oye nada. Además tenía el wathsapp hackeado y no quería salir. ¿Y qué hiciste?

- Y nos volvimos, pero Fer, ¿No viste la foto del DNI que te mandé?

- Todavía no puedo descargar los archivos adjuntos de wathsapp. ¿Qué foto?

-Una chica…María Victoria Panyvino … .Encontramos su documento en la vereda de tu casa.

-¡No! ¿Me estás jodiendo? ¿En serio? Ella es mi pasajera, ¡Está acá en el departamento!

-¡Si! Lo encontró mi sobrina. Pregúntele si perdió algo más.

-No hace falta, yo te digo. ¡Ella perdió toda la billetera llena de plata, los documentos y todas las tarjetas!

-Bueno Fer, encontramos todo eso.

-Pará un cacho que le cuento a Victoria.

Ya le avisé, ¡No lo puede creer! ¿Cómo hacemos?

-La billetera la tiene mi hermano y solamente se la va a entregar a la dueña acompañada por vos a las 18 hs. Te paso la dirección.

-Dale, ¡Gracias Caro!

En el horario convenido fuimos con Victoria a recuperar su billetera a la casa del hermano de Carolina, la farmacéutica. Caminamos juntos cien metros hasta la casa en cuestión. Golpeamos las manos, al ratito salió un hombre de unos 55 años, de paso cansado, delgado, con cara de nada y una mirada esquiva por momentos. Caminó hasta la reja de entrada de su casa y sin abrirnos la reja desde allí nos interrogó.

-Hola Luis, soy Fer. Venimos por la billetera que perdió Victoria, mi pasajera.

-Hola. ¿Cuál es tu nombre completo? –le preguntó a ella sin ni siquiera mirarme.

-Victoria Panyvino

-¿No tenés otro nombre?

-María Victoria Panyvino

-¿Número de documento?

-treitisietemillonesseteciendosdosmilquinietos

-¿De qué color es la billetera?

-Negra

-¿Marca?

-Isadora

-¿Qué tarjetas tenías en la billetera?

Victoria comenzó a responder sin ponerse nerviosa pero también olvidada de lo que llevaba en su billetera. Yo, por mi parte, no podía dar crédito del interrogatorio que estaba presenciando. Preferí guardar silencio y no reaccionar como con el perro. Por algún motivo Luis, el hermano de Carolina, dio por finalizado el interrogatorio y decidió devolverle la billetera con todas sus pertenencias a Victoria. Nos volvimos en silencio sin decir palabra. Al ingresar al departamento me agradeció amablemente.

A las 20 hs del 5 de enero Carolina me preguntó por wathsapp

-Fer! ¿Mi hermano les dio la billetera?

-Si Caro! ¡Espectacular! ¡Muchas gracias!

-¡Me alegro! De paso, no te conté lo que pasó con el perro...

En ese instante sentí que se estaba iniciando un infarto masivo y que había llegado mi hora. ¿Para qué demorar lo que debe ser? Que sea lo que Dios y la Virgen Santa permitan...

-Contáme Caro...¿Qué pasó?

-¡El perrito volvió con su dueña¡ Una chica de acá cerca, de San Camilo! Lo vinieron a buscar a mi casa.

Me quedé pensando qué hubiera ocurrido si no dejaba salir al perro nuevamente a la calle... ¿Victoria hubiera recuperado la billetera? Carlitos, el perro se llamaba así, ¿Hubiera vuelto a su hogar?

Llegamos al final. ¿Cuál es la moraleja?

Fernando Vélez

Contame-la →

El derecho a no entender del todo

10.02.2026

Noelia Pajón

La primera vez que no entendí una obra, sentí culpa. No incomodidad: culpa. Como si el problema fuera mío. Como si hubiera llegado tarde a una conversación que todos los demás ya habían tenido.

Miré alrededor buscando pistas —un texto de sala, un programa, una explicación salvadora— que me dijera qué debía sentir, qué debía pensar, por dónde entrarle a eso que estaba frente a mí. No la encontré. Y, contra todo pronóstico, me quedé.

Era una muestra pequeña, en una sala silenciosa, con textos fragmentados y sonidos que aparecían y desaparecían sin aviso. Nadie explicaba nada. Nadie parecía apurado por hacerlo. Había personas leyendo en voz baja, otras mirando desde lejos, alguien que se sentó en el piso y cerró los ojos.

Durante un buen rato no entendí qué estaba pasando. Pero tampoco sentí que estuviera haciendo algo mal. Por primera vez, no entender no venía acompañado de vergüenza.

En la imagen se ve a muchas personas caminando, viendo las obras. Cada uno a su ritmo.

Durante años, la cultura nos entrenó para creer que comprender es un requisito. Que si no entendemos, fallamos como público. Que hay una lectura correcta, una interpretación legítima, una clave que ordena todo.

En ese esquema, la accesibilidad suele confundirse con la necesidad de explicar, de aclarar, de guiar cada paso. Y muchas veces eso es necesario. Pero otras, esa obsesión por la comprensión termina cerrando experiencias que podrían ser más abiertas.

Acceder a una obra no es lo mismo que resolverla. Participar de una experiencia cultural no siempre implica entenderla de inmediato, ni siquiera entenderla del todo. A veces se trata de quedarse con una sensación difusa, con una imagen que vuelve días después, con una frase que no se puede explicar pero insiste. Eso también es participación.

Pienso en una función de teatro donde los subtítulos no traducían palabra por palabra, sino que acompañaban el ritmo, el clima, los silencios. Algunas personas seguían la historia, otras miraban el movimiento, otras leían y volvían a mirar. Nadie parecía hacerlo "mal". La accesibilidad no estaba en ofrecer una única forma de entender, sino en permitir muchas.

Para muchas personas con discapacidad, la exclusión no aparece cuando algo no se entiende, sino cuando no hay manera de entrar. Cuando el espacio no permite quedarse, cuando el lenguaje no admite mediaciones, cuando el tiempo corre demasiado rápido. Pero una vez adentro, también existe el derecho a no comprender todo, a no llegar a una conclusión clara, a no poder explicarlo después.

Explicar puede ser un gesto de cuidado. Pero también puede volverse una forma sutil de expulsión si se transforma en obligación.

Hay textos curatoriales que parecen exámenes encubiertos, visitas guiadas que no dejan espacio para el silencio, mediaciones que corrigen interpretaciones en lugar de acompañarlas. En nombre de la accesibilidad, a veces se clausura la experiencia.

Recuerdo una biblioteca donde los libros no estaban ordenados por género ni por autor, sino por palabras sueltas: "cuerpo", "memoria", "viaje", "ruido". Nadie te decía por dónde empezar. Algunas personas preguntaban, otras elegían al azar. Era un caos amable. Un espacio donde no entender el sistema también era parte del recorrido.

La cultura accesible no es la que lo traduce todo, sino la que no penaliza la duda. La que no te apura, no te evalúa, no te hace sentir fuera de lugar por no captar algo a la primera. La que entiende que hay personas que necesitan tiempo, pausas, rodeos.

Personas que se vinculan desde lo sensorial, lo emocional, lo fragmentario.

No entender también es un acto político. Porque rompe con la idea de que solo ciertas personas —las formadas, las entrenadas, las que manejan determinados códigos— tienen derecho a opinar, sentir o crear sentido.

En la imagen se ven unas manos tocando fotografías

Cuando una experiencia cultural admite preguntas sin respuestas inmediatas, se vuelve

más democrática. Cuando no exige un capital simbólico previo, amplía su público.

Hay espacios donde esto sucede sin anunciarse. Lugares donde podés entrar tarde, irte antes, levantarte, moverte, volver. Donde nadie pregunta por qué. Donde la accesibilidad no está escrita en un cartel, pero se siente en el cuerpo.

En esos lugares, no entender deja de ser un problema y se transforma en parte de la experiencia.

Tal vez la pregunta no sea cómo explicar mejor la cultura, sino cómo volverla más hospitalaria. Cómo construir experiencias donde nadie sienta que llegó sin las herramientas correctas. Donde la confusión no sea sinónimo de exclusión.

La cultura accesible no promete comprensión total. Promete algo más simple y más profundo: la posibilidad de quedarse. Quedarse aunque no se entienda todo. Quedarse aunque incomode. Quedarse aunque no sepamos poner en palabras lo que nos pasó.

En ese quedarse —frágil, incompleto, abierto— también hay derecho. Y también hay cultura.

Noelia Pajón

Hashtag Sumaj →

Emmanuel Figueroa: Cruzar en barco la montaña

10.02.2026

Gabriel Abalos

El director de una película cordobesa a estrenarse este 2026, "Tras el barco de Fitzcarraldo", nos comparte el plan, la historia y las derivas de un rodaje que comenzó diez años atrás.

En abril de 2022 supimos por las redes que un equipo de producción audiovisual cordobés que se hallaba rodando una película en Iquitos, Perú, había quedado varado al declararse el inicio de la pandemia. Se trataba de un grupo de cineastas, técnicos, actores, equipo de producción que sumaba dieciocho personas, cuyo proyecto había quedado atrapado en una situación dramática, sin poder seguir, ni regresar, obligados a

gastar el dinero disponible para la producción en una estadía forzosa, por restricciones sanitarias.

Casi cuatro años más tarde, luego de que finalmente pudieron volver a Córdoba y les llevó tiempo y esfuerzo retomar el proyecto, conversamos con **Emmanuel Figueroa**, director de la película que entonces se titulaba *Crónica bárbara*, y que hoy se llama *Tras el barco de Fitzcarraldo*. El proyecto acaba de cerrar el corte final, tras las últimas etapas de posproducción de imagen y sonido, a la espera de su próximo estreno.

Nacido en 1983, Hugo Emmanuel Figueroa es cineasta formado en la UNC, director y guionista de cine y ha desarrollado una intensa carrera como artista visual. En el campo audiovisual escribió y dirigió en 2011 *Albor,* que se pudo ver en la programación del FICIC, en el Fenavid Internacional (Bolivia), y en el Festival de Cine Latinoamericano de Rosario, ganadora del Premio Revelación y Mejor película en el Festival Latinoamericano de Cine con Vecinos. ("Fue el largometraje con el que me gradué. La sigo viendo como una película de estudiante", dice Emmanuel.) Participó en películas como director de arte y animación: *La Salvación de la Gacela Imperial* (2008), *Curapaligüe* (2010), *Humano* (2012), *¡Viva el palíndromo!* (2018), *Le Souffle du Phacochère* (2019).

Considera a *Tras el barco de Fitzcarraldo,* filmada entre Córdoba y la selva amazónica, su ópera prima. Adentrándonos en el proceso de creación y producción de esta película, el director Figueroa retrocede a su primer contacto con la selva amazónica, y luego aún más atrás, hasta la chispa original, a sus veintidós años:

"El origen de la película aparece en un viaje que hice a la amazonia boliviana, en la región del Beni, a principios del 2014. Tuve una experiencia muy profunda y transformadora en ese territorio y de inmediato sentí el deseo de regresar a ese sitio con una cámara en mano para compartir algo de lo que me estaba pasando en ese lugar, tan elemental como eso suena. Sin embargo, para comprender un poco más en qué momento aparece *Fitzcarraldo* (película de Werner Herzog, 1982), me iría al 2005, cuando tomé conocimiento de un ciclo de cine organizado por el Cineclub La Quimera sobre la filmografía de Werner Herzog. El ciclo era presentado por Juan José Gorasurreta. Lo que hizo que me acercase a ese ciclo fue un panfleto en el que se hablaba de un director que había movido un barco real por la cima de una montaña en medio de la jungla. Por esas cosas, pude ver todas las películas del ciclo, menos *Fitzcarraldo,* debido a un viaje que se superpuso a la fecha de su proyección. No obstante, esa imagen, la del 'barco por la cima de una montaña', nunca me abandonó. Y

como estábamos en una época donde Internet era muy precario y el acceso a determinadas películas era dificultoso, esa imagen adquirió un peso notable como consecuencia de la recurrente evocación. A *Fitzcarraldo* la vi años más tarde en el Cineclub Municipal Hugo del Carril y supe que algo me unía a esa película, sin saber muy bien qué cosa. Supongo que, en el viaje a Bolivia, algo de eso terminó de cuajar porque el proyecto surgió rápidamente y rápidamente también se empezó a filmar. En principio quería hacer una especie de documental experimental sobre la búsqueda de un barco perdido, pero cuando conocí al escritor Iván Ferreyra, quien había viajado a la Amazonía Peruana en el 2012, empecé a pensar secretamente que él podría encarnar al protagonista de esta película que estaba surgiendo desordenadamente. Este vínculo inicial que tuve con Iván a finales del 2014 fue lo que dio origen a la película tal cual la conocemos ahora. Terminó siendo una ficción híbrida y el proceso de escritura fue muy caótico porque la obra se iba filmando sin un guion sólido, solo con ideas y cosas que íbamos charlando y probando sobre la marcha."

Me intereso, al observar el material que me comparte Emmanuel por un link, en la presencia de Iván Ferreyra, que se ve ausente del proyecto en la era de postpandemia. Iván es un nombre de la contracultura cordobesa, escritor y editor. Se lo puede ver en fotos de la filmación. Es un buen personaje para hacer de él mismo, y se puede percibir un cierto halo de leyenda que atraviesa el silencio, o el discurso de la producción. La trama de la película cuenta que Iván no regresa de una incursión en la selva peruana. Esto parece tejer como un halo de leyenda. Dice **Emmanuel Figueroa**:

"Claro que Iván Ferreyra es parte del proyecto. Aunque toda su participación ya concluyó en la película, digamos en cuanto a la ejecución de la obra. Pero sí va a estar con nosotros en el tema de la promoción, y más adelante, del estreno. Hay, sí, un acuerdo con él, de que lo mantengamos un poco en el misterio, ya que su personaje en la película desaparece y a la vez es un personaje también real, entonces bueno, estamos tratando de mantener un perfil más bien bajo con el personaje."

Sobre el proceso y la trama de esta producción audiovisual, se pueden obtener más detalles a través de su director.

"En el camino, el guion se fue complejizando y los personajes, el de Iván y el de Julia, comenzaron a desarrollarse con otra profundidad y conciencia. De modo que la película que se había pensado inicialmente con un solo personaje como protagonista, cambió gradualmente en las sucesivas etapas de montaje previas al rodaje de Iquitos. La primera etapa de rodaje fuerte (desde agosto a noviembre de 2015) se realizó en la ciudad de Córdoba en la zona del Mercado Norte y Villa El Libertador. Después de eso hicimos una pausa y filmamos esporádicamente mientras reuníamos el dinero para el

rodaje en Perú. En esos intervalos en los que la película se reescribía constantemente, los personajes fueron variando y cambiando de posición."

Para encajar mejor las piezas, es oportuno echar mano a la sinopsis definitiva de la película, ofrecida por la producción:

"Julia Gatica, una joven cineasta argentina, filma un documental sobre la vida de Iván Ferreyra, un escritor obsesionado con *Fitzcarraldo*. Por diferencias irreconciliables entre ambos, se separan y la obra queda inconclusa. Años después, Iván desaparece en la selva peruana buscando el barco perdido de *Fitzcarraldo.* Ante este suceso, Julia encuentra el sentido y el impulso necesarios para retomar la filmación de su película y viajar al corazón del Amazonas. Siguiendo sus rastros por ciudades, selvas y ríos, surgen voces, memorias y espectros que conducen el viaje hacia lo inesperado."

En el proceso de realmente construir en términos fílmicos una historia, se dan etapas, desvíos, reconfiguraciones. Las sinopsis cuentan las versiones más recientes de una producción. Le pregunto a **Emmanuel Figueroa** en qué se parecen los metrajes rodados a la idea original.

"Viéndolo con la perspectiva que da el tiempo, los metrajes se aproximan parcialmente a la idea original. Digo esto, porque me considero una persona muy exigente y es extremadamente difícil que sienta conformidad o felicidad por algo que haya hecho. Por lo general, nunca considero haber llegado a lo propuesto. Exijo mucho de mí y de los que me acompañan. A la película por lo general lo piensa una sola persona, luego entran otras en juego que de alguna manera intentan codificar esa idea inicial y bajarla a tierra. Cuando además cuentas con pocos recursos, la cosa se hace más compleja y difícil de manejar. De modo que, en algún momento del camino, hay que tomar consciencia de las limitaciones y usarlas a favor del proyecto. Creo que ese ha sido mi mayor aprendizaje. En el camino, se murieron actores, nos sorprendió la pandemia en medio de la selva con una epidemia de dengue, tuvimos inundaciones en Misiones en la última etapa de rodaje, cambios drásticos en la política y economía de nuestro país. El film es entonces el vivo retrato de todo lo que nos atravesó a nosotros como equipo, como personas, a lo largo de una década de profundas transformaciones en nuestro territorio y en el mundo entero."

La referencia específicamente a la carencia de recursos, empalma con el tema de las estrategias para llevar adelante el proyecto, algo muy vincular para una producción que ha cumplido diez años. Sumado la inmovilidad que impuso la pandemia, a más cortos los recursos, más largos los plazos.

"Básicamente, no teníamos fondos. Normalmente hay una especie de protocolo para presentar los proyectos, en donde te presentas a instancias de desarrollo, laboratorios de guion, presentación a convocatorias, un camino que en cierta forma te facilita el acceso a fondos de fomento o subsidios. Nosotros empezamos filmando con una escaleta, los fines de semanas, con un grupo de amigos que no superábamos las 5 personas, improvisábamos mucho en el camino, y cuando ya teníamos el proyecto avanzado nos encontrábamos con muchas dificultades para presentarnos a estas convocatorias. Como eso era un problema y perdíamos mucha energía en tratar de hacer encajar el proyecto a los reglamentos de estas convocatorias, decidimos en cierta manera seguir adelante con el rodaje sosteniendo el proyecto principalmente mediante fondos privados. Estuvimos 4 años reuniendo el dinero, mientras tanto seguíamos filmando, reescribiendo el guion y montando. El paso del tiempo fue así también la materia prima de nuestra película. Cuando llegamos a Iquitos en marzo de 2020 pudimos filmar casi 10 días antes de que la pandemia se instalara. Quedamos varados 45 días y regresamos a Argentina en un vuelo sanitario de las Fuerzas Armadas de Perú con la película incompleta. Fue un golpe brutal y demoledor para la producción. Todo el dinero reunido en esos años se fue por el inodoro en sostener los gastos de alojamiento y comida mientras estábamos en cuarentena obligatoria. Los sucesivos años de restricciones (2020, 2021, 2022) hicieron que el proceso se volviera mucho más extenso de lo esperado. Pero una vez más, el paso del tiempo fue una de las materias primas de nuestro proyecto y tratamos sin otro remedio de usarla a nuestro favor.
Como consecuencia de esto, la película fue creciendo como un monstruo llegando a tener una duración de casi 5 horas. Como director traté siempre de que la película no se nos muriera en los brazos y en ese intento permanente de revivirla, la obra se fue transformando en la criatura que es."

Este panorama de los hechos lleva a interesarse por los fondos con que sí contó la producción para mantener los signos vitales de este largo viaje cinematográfico.

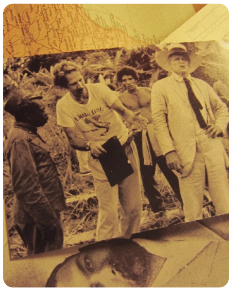
"La película se financió en un gran porcentaje con fondos privados, pero también ganamos dos becas en el Fondo Nacional de las Artes y el *Work in progress* del Festival Internacional de Cine en las Alturas, fondos de la Universidad Nacional de Villa María y de la Municipalidad de Villa María. También tuvimos el apoyo del Ministerio de Cultura de Perú y de la Dirección Desconcentrada de Cultura de Loreto que nos facilitaron alojamiento, apoyo logístico y otras facilidades en ese país. Contamos además con el soporte de Tándem Audiovisual, cooperativa productora de Villa María de la cual forma parte la productora de la película María Gabriela Vera, y también con el apoyo de Ojo de Pez en la postproducción (una productora audiovisual de Villa María), el estudio de sonido Klang Sonido para Cine (de Córdoba) y de Iberia film.es.

Durante el transcurso del proyecto lanzamos dos campañas de *Crowdfunding*, una antes del rodaje en Perú y otra, (la más extensa) para terminar la postproducción. Ambas campañas fueron vitales para la ejecución de ambas etapas de producción. La alianza establecida con Tándem Audiovisual fue vital para la segunda etapa del proyecto, por el gran equipo humano y de profesionales que conforma dicha cooperativa de trabajo y que estuvo presente en todos los rodajes que se realizaron en Villa María y Misiones para completar el metraje faltante como consecuencia de la pandemia."

Falta solo saber en qué fase se encuentra la producción, también saber si hay una fecha de estreno decidida, y los planes de participar en festivales este año.

"La película está terminada, ya cerramos el corte. Antes del estreno oficial, pensamos enviarla a festivales, pero seguramente más pronto que tarde, haremos una proyección cerrada para con nuestros allegados, a fin de que la espera no se haga tan prolongada", concluye el director. Es deseable que lo por venir no ponga fin al viaje de este filme por los senderos -financiados- de la imaginación. Y también que, tras haber sido transportada por sobre la montaña, la nave devuelva el viaje invitando a bordo a todo el equipo para seguir la travesía, por mar, hacia su destino.

Click para ampliar



Ficha técnica:

Actúan: Constanza Gatica e Iván Ferreyra
Con: Annie Rachel Vásquez García / Víctor Santiago Juárez / Herman Martín Reátegui Bartra / Augusto Falconi /Fernando Fonseca Zumaeta

Guion y Dirección: Hugo Emmanuel Figueroa

Productora Ejecutiva: María Gabriela Vera

Directores de Fotografía: Fernando Cattaneo y Diego Díaz

Director de Sonido y Música: Pablo Picco

Equipo de Arte: Natalia Ferreyra / Santiago Oliva /Paula Tissera / Natalia Talche

Casting y producción de campo: Katya Lorena Zevallos Ynmenso

Locaciones: Luis Adolfo Chumbre Huamani

Montaje: Lucía Torres Minoldo (EDA) y Hugo Emmanuel Figueroa

Asistente de Montaje: Damián Antonio Frossasco (EDA)

Postproducción de imagen: Tebi Lépori (EDA)

Efectos Especiales: Julián Bertolini

Postproducción de sonido: Francisco González Cholaky

Mezcla de sonido: Patricio Tosco (Klang Sonido para Cine)

Gabriel Abalos

En voz propia →

Juan Larrea, dulcemente vecino

10.02.2026

(Bilbao, España, 13 de marzo de 1895 - Córdoba, Argentina, 9 de julio de 1980)

Eugenia Cabral

En agosto de 1956 llegó a Córdoba **Juan Larrea**, escritor nacido en Bilbao, en 1895, cuyo pasaporte decía que era de nacionalidad mexicana, aunque provenía de New York, a bordo del barco Birgitte. El hecho es que anteriormente sí había residido diez años en México, al abandonar la vieja Europa tras la derrota de la guerra civil española y el avance del nazismo. Desembarca en el puerto de Buenos Aires, pero se radica y avecinda definitivamente en Córdoba, esta ciudad netamente mediterránea.

Bajo el signo de Mercurio

Una calle de Bilbao. La calle Henao, casi rozando con Alameda de Mazarredo. En la foto que tomó María Rodríguez en 2022, un portal en el número 2 y una placa nuevita en la

fachada. Allí, en el primer piso a la izquierda, nació Juan Larrea aquel 13 de marzo de 1895. 13, pero no de martes agorero, sino miércoles, día de Mercurio, ese dios cuyo nombre latino proviene del significado de mercancía, que protege a los viajeros, los caminos y las fronteras, oficia de mensajero entre los dioses y los mortales, de gran habilidad para la elocuencia y la persuasión, inventor de la lira como instrumento musical. El hermenéutico, que interpreta significados ocultos, pues en la mitología griega era el dios Hermes. De alguna manera, Juan Larrea fue cubriendo esos roles mediante el intercambio de diversas mercancías. Durante su trayecto biográfico fue señalando un entramado geográfico, lingüístico, político y literario-cultural. Escribió poesía, ensayo, crítica de arte; fue docente, investigador, conferencista y gestor de eventos culturales.

Temprano comienzan sus traslados geográficos dentro de España, cuando a los 10 años de edad es enviado por sus padres a estudiar en Miranda de Ebro, una ciudad de Castilla. Estudia Letras en la Universidad de Deusto, País Vasco, pero luego se instala en Madrid, donde trabaja en el Archivo Histórico Nacional y, por consejo de su amigo Gerardo Diego, conoce a Vicente Huidobro y la corriente de su poesía creacionista. En 1926 se traslada al París vanguardista de los años 20 y allí contrae matrimonio con Marguerite Aubry, que será madre de sus hijos. Visita durante dos años el Perú (1930-1931), donde experimenta la revelación de la fortaleza de Machu-Pichu y la cultura incaica. Del Cusco retorna a Paris, aunque su empeño en apoyar a la república española mediante la Junta de Cultura, que integra con otros escritores y artistas, lo lleva a transitar parte de Inglaterra en busca de ayuda para los exilados; regresa a Paris, donde ha trabado profunda amistad con César Vallejo, que muere en 1938. Finalmente, en 1939 abandona Europa rumbo a Méjico, con la "España peregrina" de los emigrados que dará ese título a una revista; en 1949 se traslada a New York para investigar temas bíblicos, hasta que en 1956 accede a la propuesta de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba para dictar cursos sobre historia del cristianismo.

"La Docta": destino final

En Córdoba se instala primero en barrio Cerro de las Rosas y luego, definitivamente, en Jardín Espinosa. Serán veinticuatro años de estabilidad geográfica, pero de mudanzas afectivas, económicas y académicas. Infortunios y logros se suceden uno tras otro, en especial la muerte de su hija, Lucienne, junto con su yerno, en un accidente de avión (1961), quedando a su cargo *el pequeño nieto*, Vicente Luy Larrea (¿Les suena? A muchos rockeros, seguro que *les suena)*.

En la UNC dicta al principio los mencionados cursos de historia del cristianismo, pero desde un comienzo va a desplegar ediciones y actividades referidas al campo de la poesía y la biografía de César Vallejo. En 1957 publica *César Vallejo o Hispanoamérica en la cruz de su razón*; impulsa la realización de dos coloquios internacionales (1959 y 1967); crea sucesivamente el Instituto del Nuevo Mundo (1959) y el Centro de Documentación e Investigación César Vallejo (1966); dirige la revista-libro *Aula Vallejo* (1961-1974). No obstante, también escribe y publica en editoriales locales y de otros países sobre temas de artes plásticas, sobre Rubén Darío, sobre arqueología incaica y sobre tópicos relacionados con su concepto de *teleología de la cultura*. Se jubila en 1979 y bajo la dictadura los archivos sobre Vallejo y su propia obra desaparecen o son ocultados hasta hace unos años, en que fueron encontrados en sótanos de la universidad.

Juan Larrea fue la personalidad literaria española de mayor importancia que haya residido larga y establemente en Córdoba, durante muchos años en barrio ya que Rafael Alberti y Pablo Neruda eligieron las serranías (Totoral), no la ciudad, y lo hicieron por breve lapso. Se afincó en esta ciudad considerada cuna de la poesía rioplatense por haber nacido en ella Luis José de Tejeda y Guzmán (1604-1680), en esta ciudad que hoy produce un alzamiento de ultraderecha y mañana una rebelión obrera y popular.

JUAN LARREA

césar VALLEJO o HISPANOAMÉRICA en la CRUZ de su RAZÓN

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CORDOBA
CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFIA Y LETRAS

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CORDOBA - ARGENTINA

aula 1

VALLEJO

NUEVO MUNDO INSTITUTO DEL

"Dulce vecino" de Córdoba de la Nueva Andalucía

En la plaqueta *Oscuro dominio*, publicada por Alcancía en Méjico (1934), titula a uno de esos poemas en prosa "Dulce vecino" y así elijo apodarlo, con la cálida cortesía de modales que nos inculcaban en los años en que fue habitante de Córdoba y que Larrea también portaba con naturalidad. Es más, con Vicente nos acercábamos en ese tono.

En *Oscuro dominio* Larrea publica otro poema, "Atienza", nombre de una ciudad española a la cual, tras largo periplo, dice no haber encontrado: "Estaban allí aquel día unos centenares de casas, pero Atienza no". Prosigue atravesando en el texto un enmarañado sendero expuesto a peligros hasta que toma una decisión: "Vete a buscar tu muerte convencional, a disfrazarte de olvidado en tu cuarto de hotel, con tu máquina de escribir, tu calefacción, tu ascensor y tu gramófono". No obstante, otras peripecias mundanas lo retornan al mismo lugar sin que tampoco logre nuevamente "encontrar a Atienza". Entonces reflexiona:

"Casi me atrevo a asegurar que como tantos y tantos pueblos españoles, como Trujillo al Perú, como Córdoba a la Argentina, Medellín a Colombia, Guadalajara a México, por solo citar los que lograron mejor fortuna, emigró en el siglo español de las emigraciones. Si bien se le busca, en América se le encontrará, a no ser que fuera de aquellos otros más desdichados que antes de arribar a tierra firme zozobraron en los mares aún indómitos. Numerosos pueblos que hace tiempo están reclamando una estadística".(1)

En 1934 todavía no había pisado la Argentina, pero se figuraba a Córdoba como un pueblo que "emigró en el siglo español de las emigraciones". Es un párrafo que casi recuerda al relato de las *Las ciudades invisibles* que Marco Polo le dirige a Kublai Khan, en el libro de Ítalo Calvino. Ningún republicano español tampoco se figuraba aún que tendrían que volver a emigrar por miles. Tampoco Larrea se imaginaba que 22 años después de la edición de *Oscuro dominio* se radicaría en Córdoba y permanecería en ella hasta su último aliento. 24 años durante los cuales Juan Larrea sueña, profetiza, se sueña, se profetiza.

Su único volumen de poemas, escrito entre 1919 y 1932, *Versión celeste,* aparece en 1969 en Italia y en 1970 en España. No eran años de calma, sino de profundos conflictos sociales en Córdoba y en toda la Argentina. La edición pasa prácticamente desapercibida. En lo sucesivo, el olvido del ámbito local y nacional será una constante, aunque contradictoriamente a nivel internacional crece el interés en su producción literaria. Nuestro siglo veintiuno, en que no hay vanguardias artísticas, o no al menos en el sentido de las que hubo en Europa y América durante el siglo veinte, con su carga de

euforia transformadora, ve por fin en Juan Larrea y su sentido universalista de la Historia una cuerda sensible al rumbo del mundo. No se trata de coincidir necesariamente con sus conceptos, con sus teorías. Se trata de apreciar la dimensión de su pensamiento y la calidad de sus textos. Hay un poema suyo que parece haber sido escrito hace 10 minutos:

En la niebla

En la niebla raza de nuestra raza domicilio
de las faltas de convicción de nuestros fantasmas
desde los gendarmes hasta las hipótesis más atrevidas
hasta los almendros obligados a presagiar el porvenir de
[nuestra Europa

la nuestra la de los diplomáticos
que subordinan las flores a las secretas inclinaciones de
nuestra piel
guardando un equilibrio exento de ociosidad
occidente bello occidente
antes que el sol encuentre la máscara que busca
entre las ramas y que ya se inclina a recoger

El hombre es la más bella conquista del aire

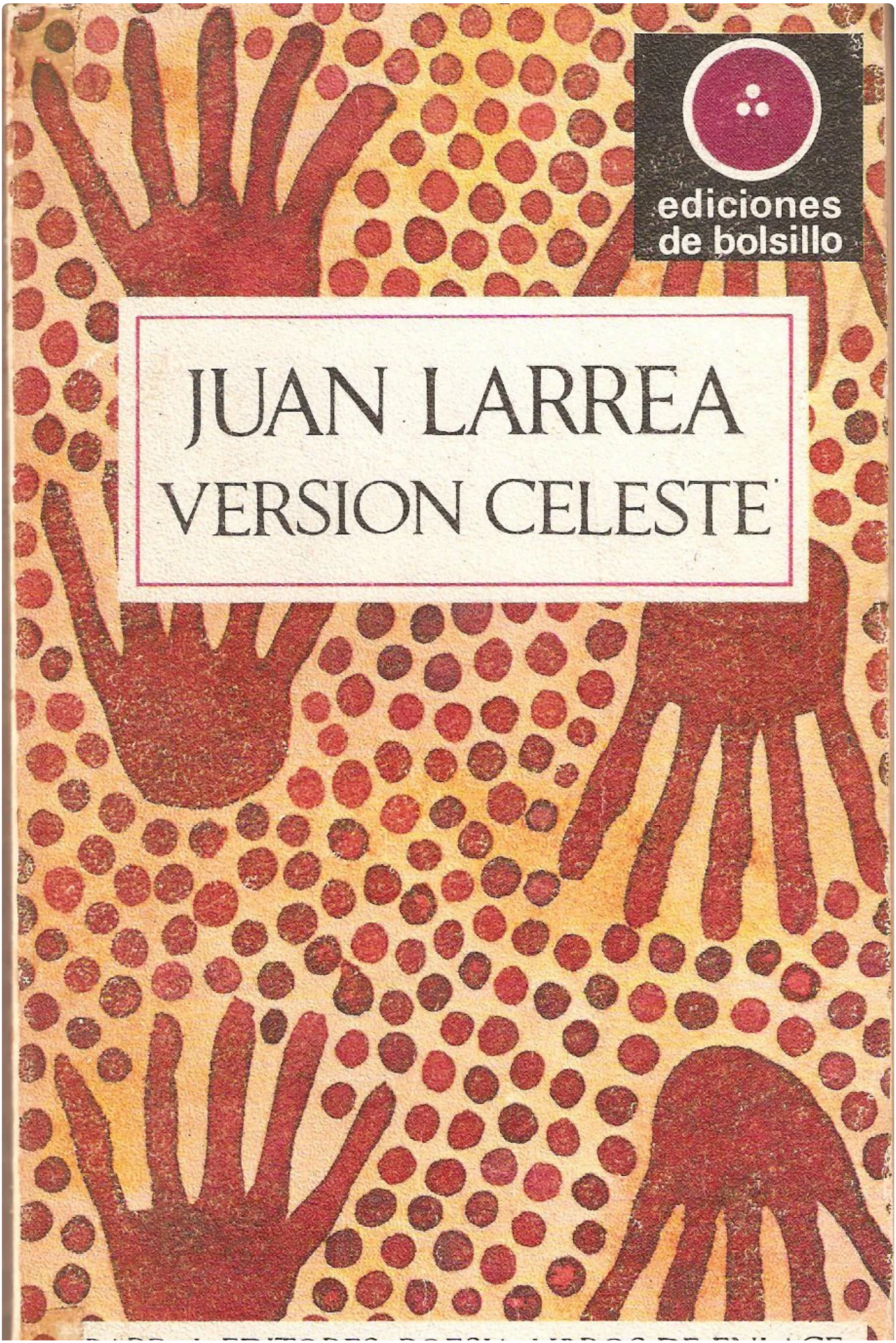
En *Versión celeste.* Barcelona, Barral Editores, 1970, sección "Metal de voz", pág. 74

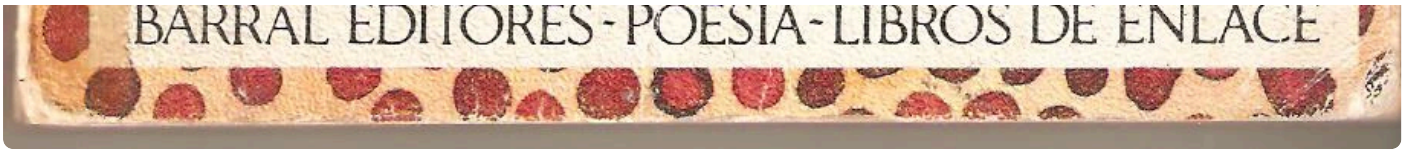
JUAN LARREA

OSCURO DOMINIO

(1926-1927)

ALCANCIA
MEXICO, 1934


ediciones
de bolsillo
JUAN LARREA
VERSION CELESTE



(1) Larrea, Juan. De "Atienza", poema en prosa incluido en *Oscuro dominio* (1926-1927). Viñeta de Crawford O'Gorman, Cecil. Ciudad de Méjico: Alcancía, 50 ejemplares al cuidado de Justino Fernández y Eduardo O'Gorman, julio de 1934, págs. 5-8.

Eugenia Cabral

Bio de la autora

Informes →

Serie Arqueología del Presente - María Jesús Miranda Navia

10.02.2026

Nicolás Talone

Arqueología del Presente, María Jesús Miranda Navia. Todos los derechos reservados

En esta sección compartimos series fotográficas con epicentro en Córdoba, realizadas por fotógrafas y fotógrafos que son, viven, trabajan o han desarrollado parte de su obra en esta ciudad.

En *Arqueología del Presente*, **María Jesús Miranda Navia** trabaja la tierra como materia y como memoria. El muro del Monasterio San José, construido con barro, piedra y cal

de Córdoba, se convierte en un cuerpo inmóvil que observa el paso del tiempo y de quienes lo atraviesan a diario.

Realizadas durante la época de pandemia, las imágenes registran lo efímero —los cuerpos en tránsito, la ropa, los pequeños gestos— sobre una arquitectura hecha de tierra antigua y persistente. Organizadas en trípticos, las fotografías funcionan como capas superpuestas donde el presente, marcado por la distancia y el movimiento contenido, se deposita casi sin advertirlo sobre siglos de nuestra historia.

Aquí la tierra no es solo fondo ni sustrato: es un archivo vivo de una sociedad en tránsito. Un territorio que guarda huellas aparentemente imperceptibles a simple vista y donde cada paso actual continúa escribiendo, en silencio, la historia de ese mismo suelo.

Desde una mirada que es a la vez extranjera y profundamente local, María Jesús se vuelve una antropóloga del instante, retratando a los cordobeses en un tiempo excepcional, allí donde la vida cotidiana persiste y la tierra sigue registrándolo todo.

Nicolás Talone

En el corazón de Córdoba, la Manzana Jesuítica constituye un territorio hecho de tierra antigua: barro, piedra y cal que sostienen más de cuatro siglos de historia.

Las fotografías de esta serie fueron tomadas frente a la pared del Monasterio San José, hoy Monumento Histórico, un muro cuya materialidad hecha con la tierra y los minerales de la región permanece como testigo silencioso del paso del tiempo.

Desde un mismo ángulo y en distintos días, registré el tránsito cotidiano de quienes atraviesan este espacio. Los trípticos organizan estas capturas como si fueran capas arqueológicas: fragmentos del presente sobre un territorio construido mucho antes que nosotros.

En cada imagen conviven lo fugaz de los cuerpos que pasan y la permanencia de una arquitectura que ha presenciado siglos de recorridos, trabajos, regresos y encuentros.

La propuesta invita a pensar la tierra no sólo como superficie, sino como memoria: un suelo que guarda huellas invisibles y donde cada paso actual continúa escribiendo, sin advertirlo, la historia de esta misma tierra.

Estos retratos capturan instantes cotidianos de distintos rumbos en un espacio común, donde la pared del Monasterio San José actúa como testigo indiferente de las múltiples situaciones y realidades humanas que transitan y conviven en este barrio. La propuesta central consiste en ordenar las imágenes en trípticos, generando un efecto

deliberadamente irreal: las fotografías parecen sucederse en una misma secuencia temporal y espacial, pero en verdad son fragmentos independientes, tomados en días diferentes frente al mismo muro histórico. Así, lo efímero del paso humano se superpone a la permanencia de una arquitectura construida con la tierra misma del lugar, revelando cómo cada vida, cada movimiento y cada historia deja una huella mínima pero persistente sobre un territorio que guarda siglos de memoria.

María Jesús Miranda Navia

Arqueología del Presente

Todos los derechos reservados

Sobre la autora

María Jesús Miranda Navia nació en la Región de Valparaíso, Chile, en 1985. Desde muy pequeña comienza su curiosidad por la fotografía, motivada principalmente por su abuelo materno, de profesión odontólogo, cuando lo veía revelar manualmente sus radiografías dentales en un cuarto oscuro.

Inicia su formación profesional en fotografía en el año 2006, para luego especializarse en fotografía documental a partir del 2010, tanto en España como en Argentina.

En su obra documental, las motivaciones ajenas se convierten en propias: "Tengo la suerte de haber nacido y criado en Chile, país tan lleno de arte y bohemia como de privilegios e injusticias, y asumí que la cámara era un arma poderosa". Comenzó cruzando límites, barreras y prejuicios, y terminó rescatando microhistorias y realidades. Le interesa poner en primer plano aquello que parece secundario.

Desde el año 2014 reside en Córdoba, Argentina, lugar donde continúa su aprendizaje.

Contacto: @jesumirandan @mariamnavia

Nicolás Talone

Curador de la

sección

Revelad@s →

La impunidad del forastero

10.02.2026

1ra. entrega

Aníbal Buede

Study for Strings - Susan Philipsz. 2012. Obra sonora de ocho canales. Instalación en la Estación Central de Kassel, Documenta 13, 2012. Cortesía de la artista, Galería Tanya Bonakdar e Isabella Bortolozzi. Foto: Eoghan McTigue.

Primavera del 2010 en Córdoba, se inaugura el *¡Afuera!,* un evento artístico salido de las entrañas del Centro Cultural España Córdoba que prometía revolucionar el campo del arte local y en el que participaron más de 100 artistas de distintos lugares del mundo; algunos de ellos con altos pergaminos en el circuito del arte internacional.

17 días de fiesta en la comarca.

Desde la organización se convocó al periodista y escritor porteño Juan Terranova para que escriba en primera persona su experiencia como narrador del evento. Posteriormente tomaría forma de libro.

Terranova escribe pues un diario, y fiel a su estilo introduce un elemento provocador que derivó en la cancelación de la publicación del bendito libro por parte de los organizadores.

Finalmente, en 2011 fue publicado por *Nudista*, una editorial independiente de la ciudad con el título de *Unos días en Córdoba*. Una crónica en la que despliega, con la excusa del *¡Afuera!* y de su impunidad bajo la figura del forastero, un ensayo filoso y singular sobre el fenómeno del arte contemporáneo. Una piedra angular que bien tendría que formar parte de cualquier bibliografía referida a la formación artística.

Cuatro años después, a miles de kilómetros de Córdoba, *Seix Barral* publica *Kassel no invita a la lógica*, de Enrique Vila-Matas.

And?

Salvo por los firuletes estilísticos del catalán, el procedimiento es el mismo; Terranova y el *¡Afuera!*, Vila-Matas y la *Documenta 13 de Kassel.*

La tentación a imaginar que el gran embustero haya tenido la posibilidad de leer *Unos días en Córdoba* no es nada descabellada. Entre uno y otro hay mucho menos que 6 grados de separación. Diría que 2.

En fin, un detalle menor.

Museo Fridericianum. Documenta de Kassel. Alemania

Empujado por el entusiasmo del procedimiento utilizado en la entrega anterior de esta columna, lo replicamos. Párrafos intercalados entre una y otra obra, descontextualizados, arbitrarios y equívocos, solo con la promesa de que tal operación actúe como incentivo para que nuestros lectores se acerquen a leerlas completas.

El editado por Seix Barral se lo puede conseguir en cualquier librería más o menos decente. Con respecto al publicado por Nudista… la edición se agotó, habrá que buscar alguna amiga o amigo que lo tenga y, lo más importante, que acceda a prestarlo. Vale la pena, uff si lo vale!

Unos días en Córdoba
Juan Terranova
Editorial Nudista
2011

Kassel no invita a la lógica
Enrique Vila-Matas
Seix Barral

Unos días en Córdoba. Juan Terranova

Contratapa Unos días en Córdoba. Juan Terranova

Kassel no invita a la lógica, Seix Barral

Kassel no invita a la lógica, Ed. Debolsillo

JT - Me gusta Córdoba. ¿Por qué? No lo sé. Su relación de segundidad y distancia con Buenos Aires permite fluctuaciones muy raras en las cabezas de los cordobeses y en el entramado de su campo intelectual. ¿Alcanza eso para justificar mi entusiasmo? Por otra parte, el encargo de escribir sobre *¡Afuera!* me predispone bien. Estoy contento de no viajar al Paraguay para hacer una crónica sobre enanos travestis equilibristas narcotraficantes. Me gusta escribir sobre arte. No quiero menospreciar a los enanos, pero el arte es mucho más complejo.

EVM - ¿La confusión? Recordé haber leído que muchos visitantes de la *Documenta 13* hacían hincapié en su confusión ante el eclecticismo de la gran muestra, aunque muchos no señalaban esto para criticarlo, sino para remarcar la brillante pluralidad de enfoques y la gran dimensión que lograba alcanzar el conjunto de lo que se veía allí y que era una interesante metáfora del momento histórico en el que vivíamos.

JT - Alguien dice, como un chiste, "todos quieren trabajar con Mosquera. Él es la estrella". Lo anoto. La figura del curador se me empieza a revelar como la parte fundamental del gran engranaje. ¿El curador como artista? Parece que esa es la tendencia. Dan con una idea y eligen artistas para "ilustrarla". Alonso, desde ya, lo niega. ¿Y la figura del crítico? Nadie sabe. Es un personaje perdido en las partes más oscuras del melodrama del arte. Desde ese momento decido que voy a presentarme como crítico de arte. Ya lo estuve haciendo. La figura del cronista no me termina de agradar. Ahora la insistencia en esa opacidad, en ese género, la insistencia en la crítica como práctica, me reconforta más que el rústico Malbec que acompaña el locro. Sigo la conversación, pero también pienso en el arte contemporáneo como crítica general del arte. O sea, plegándose sobre sí mismo. Anoto algo más en mi libreta. Corto un pedazo de pan con las manos. Arte y narración, entonces. El relato interior del arte. Un gesto permanente. Quedó lejos, lejísimos, el artista moderno que decía: "En mi obra está lo

que quería decir, no tengo nada que agregar". Ahora todo se narra y se cuenta muchas veces. Los artistas relatan sus biografías, explican y argumentan sus obras, describen los procesos de producción, incluso algo tan evanescente y delicado como la reacción del público es expresado.

EVM - *Study for Strings* era una sobria instalación, una obra sencilla que ahondaba directamente en la gran tragedia del fin de la utopía de un mundo humanizado. A través de los altavoces que había dispuesto Philipsz en una zona acotada de la Kassel Hauptbahnhof, iba haciéndose audible para los que caminaban hasta la punta de aquel tramo de andén —el mismo exactamente en el que durante la guerra gran cantidad de familias judías aguardaron al ferrocarril que había de deportarles a campos de concentración— una música bella, pero inmensamente desconsolada, una especie de música fúnebre para malogrados llamada *Study for Strings*, composición para cuerda que en Kassel 2012 remitía a la memoria del Holocausto porque su autor, el músico checo Pavel Haas, deportado a Theresienstadt, la compuso para la orquesta de cámara de su campo de concentración, poco antes de ser trasladado a Auschwitz, donde murió.
La pieza la escuchamos allí de pie, con el mismo gesto grave de todos los demás reunidos, mientras veíamos cómo se iban incorporando otros espectadores a aquella ferroviaria sesión musical de menos de media hora, una de las tantas sesiones que, todas iguales pero separadas con breves intervalos de tiempo, se iban sucediendo en el desolador andén, cada día. Al final, se formó un grupo de unas treinta personas que siguieron con general emoción el concierto de violines y chelos y luego se quedaron inmóviles y pensativos, conmovidos, profundamente silenciosos, como recuperándose del colapso que les había provocado lo escuchado y también lo recordado, lo evocado, lo casi escenificado, diría que también lo vivido, porque no era difícil sentirse allí vulnerable y trágico, como un deportado.

Rirkrit Tiravanija preparando la obra del asado

JT - Entonces, entra Tiravanija. Tiene puesto un traje blanco y llega rodeado de mujeres. Me dicen que no iba a venir a este evento, que temía que lo acosaran. Me avisan que nació en Buenos Aires, porque su padre era diplomático, pero ahora vive en Estados Unidos y se considera tailandés. La obra que presenta en la muestra es un asado que consta de veinticinco costillares de res intervenidos con curry y especias exóticas. La idea es recrear el momento social del asado, propiciar ese encuentro. La performance originalmente estaba pensada para una de las calles del centro de la ciudad. Pero la municipalidad se opuso y se terminó eligiendo un camping en las afueras. Esto no detuvo los problemas y hubo que gestionar una habilitación especial que llegó a último

momento. Me presentan a una pasante, una chica que es una colaboradora con el artista como enlace local. Es cordobesa pero vive en Buenos Aires. Le pregunto por la habilitación. Me dice que el tema ya está solucionado y que "no va a haber problema porque vamos a donar la carne". Me gusta la idea de intervenir comida pero siento deseos de que la obra se malogre. No sé por qué. Tiravanija me resulta caricaturesco. Me comentan que fue uno de los primeros en hacer *perfomances* con comida. Entonces, nervioso, siento la necesidad de citar las famosas *Frutillas a la nafta* que Marinetti le hizo probar a Petorutti cuando estuvo en Buenos Aires. Según Petorutti, era un postre incomible. Mi comentario no es bien recibido. Deduzco que mis compañeras de vino no saben quién es Petorutti ni tampoco Marinetti. Y lo que es peor, no les interesa saber. Resentido, pienso que la evolución natural de la *groupie* es la chica que se dedica a la gestión cultural. Enseguida compruebo que necesitan ver en Tiravanija –que es un completo desconocido, tanto para mí como para ellas– la figura de la autoridad y el prestigio. También descubro, con poco asombro, que esa necesidad me indigna.

EVM - A lo largo de la dura caminata que siguió, pude enterarme, entre otras cosas, de que después de la guerra la gran reconstrucción de Kassel no llegó hasta 1955, cuando sus ciudadanos optaron con mucho coraje por un camino más inseguro que el elegido por otros compatriotas y decidieron, en lugar de un desarrollo industrial, un renacer de tipo cultural, y le encargaron a Arnold Bode, arquitecto y profesor, la primera Documenta, que tuvo un carácter claramente reparador: Alemania, que bajo la dictadura de Hitler había calificado al arte contemporáneo de degenerado y había expulsado y asesinado a sus artistas, le rindió homenaje al arte de los años veinte y treinta, con una exposición que, según palabras de Bode, «acercaba finalmente el arte a los obreros».

JT - Uno nunca sabe hasta dónde exigirle al arte contemporáneo. Da la sensación de que el espectador, y también el crítico, no pueden poner ningún reparo bajo el riesgo de descartar todo. Hay un deber, un pacto que parece taxativo; es entregarse o no entregarse. La situación, desde luego, me incomoda. Me resisto a confirmar que una obra solamente puede ser leída –y entendida, y disfrutada– desde las reglas que la misma obra propone. O peor, desde las reglas que su autor indica. Por eso me alegra, de una manera casi infantil, descubrir que los marcos de referencia existen y que las obras no son todas iguales.

EVM - ¡Las obras! Hoy en día tanta ingenuidad daría risa. En *Documenta 13* se habría visto muy anticuado una separación entre obra y teoría, pues allí, según todas mis informaciones, bajo el sello ambiguo de la innovación se veían muchas obras

presentadas como teoría, y viceversa. Era el reino triunfal y ya casi definitivo del matrimonio entre obra y teoría. De tal modo que, si uno encontraba casualmente una pieza artística más bien clásica, acababa descubriendo que aquello no era más que una teoría camuflada de obra. Y a la inversa.

Aníbal Buede

Curador de la sección

Exploraciones →

La invención turística de las sierras

10.02.2026

Víctor Ramés

Una oferta de descanso y salud, y sobre todo un lujo para altas billeteras, caracterizó a los grandes hoteles que en el siglo XX vieron surgir algunos destinos serranos de Córdoba. Tiempos de modernización, crédito, abundancia y distinción en Punilla, Paravachasca y otras alturas.

El hotel Eden en un avisos de revista El Hogar, Buenos Aires, octubre 17, 1930.

A comienzos del siglo veinte, los gobiernos conservadores inscribían alegremente a la Argentina en un modelo agroexportador, pactado a cambio de capitales inversionistas europeos. En el marco del proceso generalizado de modernización y crecimiento económico del país, Córdoba se incluiría en la dinámica del "progreso" obviando

siempre la distribución equitativa de esas mejoras, en términos sociales, cuando transcurrían tiempos de inmigración masiva. Parte del desarrollo del sistema tuvo su expresión en ciertos cambios de tendencias y prácticas culturales en el seno de las clases privilegiadas, entre ellas la adopción generalizada del desplazamiento turístico, uno de cuyos polos (el otro era la costa atlántica) debía concentrarse en las sierras de Córdoba, que ocupan un tercio del territorio provincial. La "conquista" de las sierras, sin embargo, no ocurrió de un día para el otro: faltaba el impulso a la inversión hotelera para que la aristocracia primero, y luego la media burguesía cordobesa, comenzaran a veranear en los destinos serranos.

Como índice de esta nueva construcción de un veraneo ideal en las sierras, la autora Elisa Pastoriza señala en *La conquista de las vacaciones - Breve historia del turismo en la Argentina* (Editorial Edhasa, 2011) que las compañías concesionarias de trenes de la región serrana de Córdoba invirtieron en establecimientos hoteleros a comienzos del novecientos, y que sus primeros destinatarios fueron jerarcas británicos del ferrocarril, que pronto pudieron trasladar a sus familias y su personal de servicio. Muestra de esa tendencia fue la construcción en Córdoba del Sierras Hotel de Alta Gracia, el Hotel Yacanto de Villa Dolores y el gran hotel Edén de La Falda, para visitantes de alto poder adquisitivo. Se destacaban sus lujosos salones, y el número de habitaciones y servicios que aspiraban a las normas de calidad del viejo mundo.

La construcción de grandes hoteles sirvió también a la estrategia de remarcar más aún las distancias entre clases, poniendo el alojamiento en las sierras cordobesas en un nivel inaccesible para quienes no fueran aristócratas, o nuevos ricos. Una forma comprensible de ganar turistas en lo alto de la gama.

En otro enfoque, Gabriel Garnero -*en Socio-naturalezas hídricas, turismo y espirales de riesgo ambiental: Las sierras de Córdoba durante el siglo XX*- indica que "la práctica turística avanzó y creció en la agenda política (fue regulada, promovida, organizada) por convergencia con aquellos dispositivos del pensamiento higiénico y modernizador".

Ambos principios se ponen en manifiesto en el proceso de fortalecimiento turístico de numerosas localidades de las sierras de Córdoba, yendo del impulso vacacionista aristocrático local a una convocatoria del turismo nacional (e incluso internacional) con argumentos sanitarios.

Elisa Pastoriza, describía, refiriéndose a un plano más amplio que el cordobés -aunque lo incluía- que, a tono con el higienismo de la época, "los sectores más adinerados de la sociedad empezaron a frecuentar las estaciones termales, por un lado, y los centros balnearios, por otro. Lógicamente, se trataba de una minoría pudiente, con recursos

suficientes como para poder permanecer fuera de su residencia habitual durante varios meses. En este sentido, el papel de las altas clases sociales, a la hora de promocionar un lugar, fue determinante."

Debido al empuje de un turismo saludable en ciernes, zonas de Córdoba florecieron y ejemplo de esto fueron las aguas de Mina Clavero, de Capilla del Monte, o Saldán, que se volvieron sinónimos de salud y destinos para veraneantes.

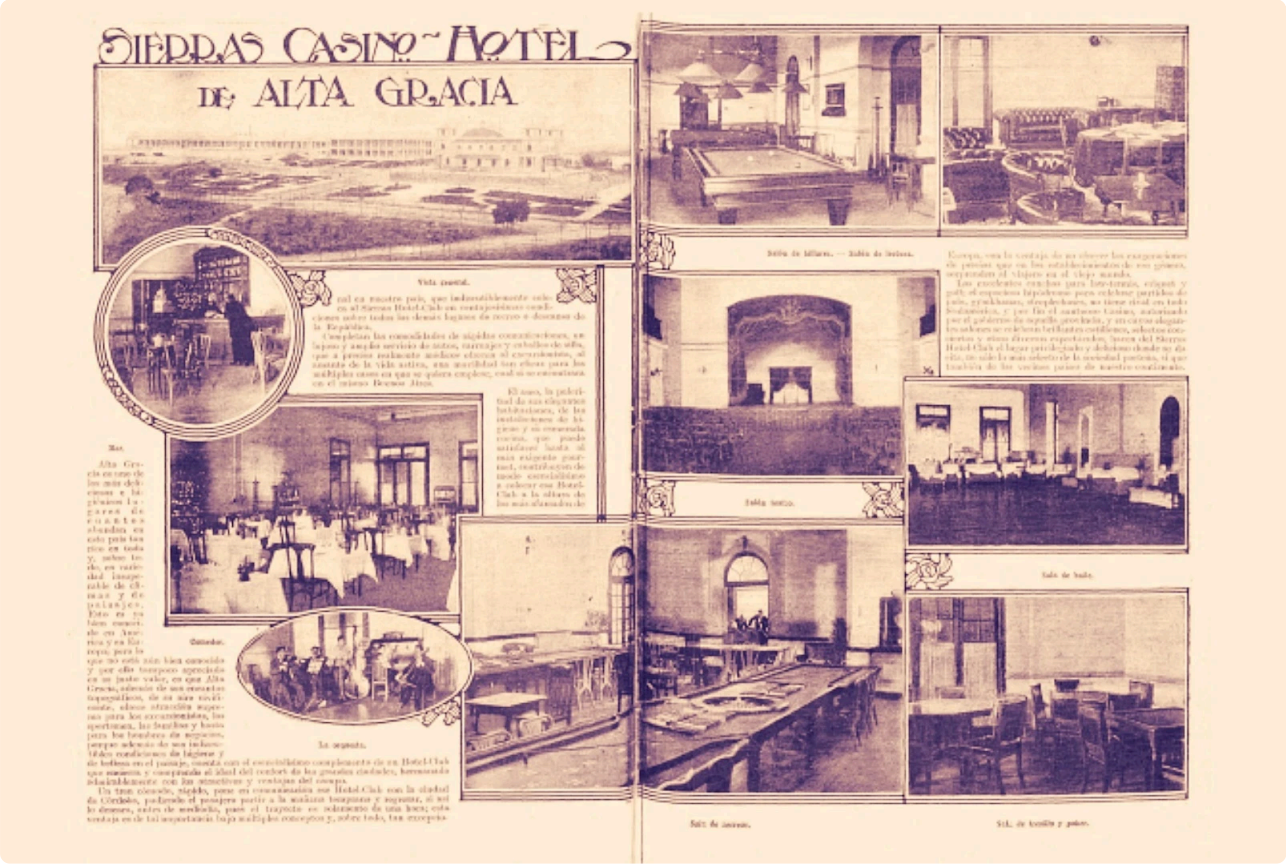
La oferta en términos de higienismo trataba sobre reponerse de la fatiga del año, en un clima benéfico, disfrutando del veraneo sin correr riesgos de contagio de una enfermedad tan de la época como era la tuberculosis. Ese impulso canalizó inversiones para erigir hoteles como el de la ciudad de La Falda, el mítico Hotel Edén, que en 1907 era un punto de atracción de la alta sociedad, en particular de Buenos Aires. O el caso del Sierras Hotel de Alta Gracia, fundado en 1908, que alcanzaría sus dos años de máximo rendimiento entre 1914 y 1916. El bienio coincidía con el período en que la ley cordobesa permitió incorporar un gran casino a su ya fastuoso edificio con 76 habitaciones y lujosos ambientes.

Sobre el Hotel Edén de La Falda, el semanario porteño *Caras y Caretas* reflejaba en 1907 las aspiraciones de la alta burguesía en una página publicitaria que promovía la localidad punillense como destino vacacional para un clase turística top. En la presentación que se hacía del establecimiento, se resaltaba la calidad higiénica del hotel, benéfica para recuperarse no de una enfermedad sino del cansancio acumulado; se dejaba en claro, a la vez, que no se trataba de un alojamiento para tísicos: "Como estación climatérica, propia para retemplar el organismo fatigado por la labor cotidiana y como paraje ideal para pasar la temporada primaveral y veraniega, ninguna ofrece las ventajas del «EDÉN HOTEL» de La Falda." Y por otro lado, se advertía: "«Edén Hotel» no es sanatorio, ni admite enfermos contagiosos."

Al Sierras Hotel de Alta Gracia, *Caras y Caretas* le dedicaba sus recomendaciones pagas en 1914, cuando la anexión del casino definió un gran salto para la empresa, multiplicando su público no ya proveniente solo de la alta burguesía terrateniente y ganadera de la pampa húmeda, invitando a conocer el gran hotel casino enclavado en el paisaje excepcional del valle de Paravachasca. Argumentaba que allí se encontraría con un lugar tan refinado como en Europa, pero sin "las exageraciones de precios" que tendrían que oblar por lo mismo en el viejo mundo. El semanario exhibía desplegados en las fotografías de dos páginas, los nuevos espacios inaugurados a la palaciega construcción: ruletas y mesas para juegos de naipes, un bar, salón de estar, habitaciones y hasta una sala de teatro para conciertos y proyecciones, sin obviar un lugar para las ocasiones danzantes. Los juegos de apuestas y de azar ampliaron la base

social de la concurrencia, multiplicando la afluencia de visitantes, ya que era posible ir a apostar al casino y volver en el tren a la nochecita, sin correr con el gasto de alojarse en el hotel.

Dos años más tarde, Un visitante norteamericano, el viajero y escritor Henry Stephens advertía, en 1916, a los lectores de su libro *Journeys and Experiences in Argentina, Paraguay, and Chile* para que no se dejasen engañar por los avisos en las estaciones de trenes que realzaban los encantos de las poblaciones en las sierras de Córdoba. Para Stephens, Alta Gracia no era más que "un gran establecimiento para apuestas", donde solo hay "un hotel grande, una aldea y una vieja capilla".



Ambientes del Hotel Sierras y Casino, páginas del semanario "Caras y Caretas", septiembre de 1914.

En lo referente a la distinción entre casas de salud y hoteles serranos, no siempre la misma era percibida por el público con claridad, y muchas veces era confusa la prensa, como puede ver reflejado en una nota de 1902, en la que *Caras y Caretas* comentaba la experiencia de una nevada en Capilla del Monte, ciudad a la que comenzaba caracterizando por su proximidad con La Falda (unos treinta km.):

"Capilla del Monte con su hermoso hotel de la Falda que todos los inviernos congrega a un núcleo numeroso de aristocráticos enfermos, no podía sospechar la inesperada visita de la nieve; y, no obstante lo crudo de la temperatura, como el espectáculo era

raro y bello, los convalecientes se arriesgaron a gozarlo emprendiendo alegres caminatas por las afueras."

Prosiguiendo la mirada a centros turísticos de Punilla, he aquí algunas palabras sobre la ciudad de Cosquín. Esta localidad fue centro de un importante movimiento de turismo terapéutico, desde que la llegada del ferrocarril en 1891 impulsó temporadas veraniegas en ese pueblo serrano, el más antiguo del Valle de Punilla, dando lugar a inversiones en grandes hoteles y chalets. Sin embargo, Cosquín debió atravesar períodos de baja respuesta en visitantes, debido a la cantidad de personas enfermas de tisis que llegaron a concentrarse allí, provocando temor al contagio. En referencia a las propiedades curativas del aire coscoíno, Bialet Massé las había resumido a principios del siglo 20 de la siguiente manera:

"El ozono condensado del invierno todo lo quema, no hay microbio que resista y que no se acabe." La fama del saludable aire serrano, escribía Bialet, fue tal que "atravesó el continente, llegó a Boston, y su universidad mandó a estudiar las alturas curativas de la América del Sur, a uno de los hombres más sabios que han pisado la República Argentina, médico, naturalista, químico, geógrafo, todo lo que puede saber un sabio lo tenía en su hermosa cabeza el doctor Amán Rawson."

Al cerrar su cariñosa reseña punillense, daba Bialet una interesante versión ilustrativa sobre cómo el movimiento de huéspedes de la ciudad de Cosquín había llegado a decaer, de lo que le costó años recuperarse:

"Ese gran hospital natural está hoy casi perdido. Ni se sabe aprovechar, porque se busca en verano lo que se tiene en invierno, ozono que quema, sol que vivifica y días apacibles, y mano alevosa lo hizo aparecer como antro que mata a los sanos. El caso es digno de conocerse. Un repórter llega a un hotel, al cabo de unos días se despide, la dueña le pasa la cuenta, "¡Cómo! ¿A mí pasarme la cuenta?", exclama. "¿Y por qué no? Como a otro cualquiera". La cuenta fue pagada, pero a los tres días el diario decía horrores de Cosquín; la prensa de toda la República lo reprodujo y Cosquín murió por las manos alevosas de un repórter logrero."

Otra encantadora localidad punillense ofrecía sus atractivos en el concierto de las opciones turísticas serranas. En un número de la *Revista El Hogar* de 1906, dedicado a las sierras de Córdoba, se leía respecto a Valle Hermoso: "Es un pintoresco lugar (...) que se halla aislado de toda población, dotado de una oficina de correos y telégrafos, luz eléctrica, teléfono; posee hoteles y casas de pensión. Existe allí la capilla 'San Antonio', que fue construida hace trescientos años por los jesuitas."

En otro artículo de la misma publicación se afirmaba que "Valle Hermoso es riquísimo en paisajes, nuestros pintores hallarían en él numerosos motivos para llevarlos al lienzo."

La nota pasa revista a lo que tiene Valle Hermoso para ofrecer: "Hay algunos hoteles envidiablemente ubicados, uno de ellos en medio de un anfiteatro de sierras boscosas a novecientos cincuenta metros sobre el nivel del mar. Otro se encuentra a doscientos metros de la estación del ferrocarril. (...) Su altura permite a esta localidad disfrutar de un aire puro muy saludable y de una temperatura media normal apropiada para tonificar el sistema nervioso. Si a esto se añade que se halla aislado de toda población donde pudiera haber contagios peligrosos, se explicará que Valle Hermoso sea uno de los lugares preferidos por los veraneantes."

Esta localidad que había prosperado en función del turismo, sería en 1913 el foco de un gran proyecto de inversionistas representado por la Compañía Sudamericana de Tierras y Construcciones, Sociedad Anónima. Revistas como "Caras y Caretas" y "Fray Mocho" se explayaban en tono entusiasta ese año, sin duda frutos de una estrategia publicitaria de la citada compañía.

Así se presentaba en "Fray Mocho" el negocio que publicitaba a Valle Hermoso como "la joya de las Sierras de Córdoba, situado a 72 kilómetros al norte de Córdoba y a 3 al sur de La Falda, se compone de 1.000 hectáreas divididas en 10.000 lotes, con 4 kilómetros de frente a la vía del ferrocarril Argentino del Norte."

El siguiente párrafo corresponde a una nota de *Caras y Caretas* del 23 de agosto de 1913, que se hacía eco de la oferta de la compañía de capitales ingleses:

"Conocíamos por referencias la poderosa impulsión que en los Estados Unidos ejercen ciertas empresas que se dedican a colonizar y subdividir grandes porciones de tierra, sobre todo en las zonas adonde es probable atraer al colono, por las múltiples ventajas que le ofrece el suelo. Y nos había parecido que las vastas regiones de nuestro país vendrían a ser emporios de producción y centros de vida laboriosa, cuando aquellas empresas fuesen llevadas a cabo. No hay duda, ese pensamiento no era un mito; ya tenemos planteada la obra. La Compañía Sudamericana de Tierras y Construcciones la lleva a cabo mediante los más perfectos sistemas y la experiencia de los hombres que la dirigen, todos ellos expertos en la difícil especialidad a que dedican sus loables esfuerzos.

(...)

Esta empresa colosal se especializa en la compra de grandes extensiones de tierra en todo el país, para luego hacer subdivisiones apropiadas a las ventajas del terreno,

según sea apto para chacras, quintas, lotes o poblaciones; teniéndose gran cuidado en seleccionar estas porciones de tierra, a fin de que en las operaciones de venta se beneficie el comprador en forma positiva y con gran número de ventajas."

La puesta en venta de la tierra y la infraestructura turística de Valle Hermoso a inversionistas, por la Compañía Sudamericana de Tierras y Construcciones Sociedad Anónima, en 1913, era, como todo negocio, mitad concreciones y mitad promesas. El folleto publicitario de una venta de acciones, es un costado tan válido como cualquier otro para releer el turismo de las sierras en tres lustros del siglo 20. Seguía diciendo la nota de 1913 en "Caras y Caretas":

"«Valle Hermoso», situado en un valle de la región serrana, con un clima sumamente sano y un ambiente de vida apacible y dulce, es, sin duda, el punto ideal para instalar quintas de recreo y chalets a donde se pueda ir en procura del reposo anhelado, después de la intensa fatiga que produce la vida de la ciudad. Está situado a una elevación que oscila entre los 850 a los 1.200 metros sobre el nivel del mar, y en todas partes abunda el agua de un sabor y una pureza exclusiva.

Actualmente «Valle Hermoso» tiene un magnífico hotel de dos pisos, cuatro casitas de mampostería, sistema completo de aguas corrientes, con abundancia de agua, 10 mil árboles frutales, 50 hectárea de alfalfa, varios kilómetros de caminos bien construidos, para automóviles, miles de árboles frondosos, una fábrica de ladrillos, caballerizas, galpones, criadero de aves, garage y otras instalaciones adyacentes."

Y proyecta el discurso entonces hacia el futuro, hacia donde se proyectaban las promesas del capital.

"Siendo el propósito de la Compañía propender al engrandecimiento de la zona que se va a subdividir, se están iniciando los trabajos de embellecimiento con obras de arte en las cascadas y en el valle, donde se abrirá un lago que tenga la capacidad suficiente para servir de recreo a los aficionados, así como también se harán canchas para tennis, cricket y otras; de manera que «Valle Hermoso» va a ser el mejor sitio de placer en la república."

El veraneo en las sierras de Córdoba era un tópico constante en *Caras y Caretas*, como lo eran las vacaciones porteñas en los balnearios atlánticos.

En febrero de 1905, la publicación semanal ofreceía una pincelada cordobesa de esas donde el paisaje natural importaba, pero no más que el movimiento de apellidos y familias veraneantes, sus actividades, sus formas de apropiarse del descanso.

"El veraneo en Ascochinga

Una de las estaciones veraniegas que más prestigio goza entre la gente distinguida es sin duda Ascochinga, delicioso retiro enclavado en las sierras de Córdoba, donde se disfruta a toda hora de una agradable temperatura y de un paisaje encantador aparte de los atractivos que ofrece la compañía de familias pertenecientes a la primera sociedad.
Los señores Carlos y Alejandro Argüello, han realizado una obra de verdadero mérito al instalar entre aquellas quebradas un hotel con todas las comodidades.
Los veraneantes de Ascochinga, no tienen ocasión de aburrirse, pues diariamente se organizan excursiones a los alrededores, verdaderos sitios de recreo, a los que se llega atravesando ríos, quebradas y valles realmente deliciosos.
La Pampa, Santa Catalina, San Jorge y La Paz, son los paseos obligados, pero sobre todo el preferido por el elemento femenino por la grata impresión que goza atravesando el paisaje por aquellos perfumados bosques, es el de la cascada, verdadera maravilla de la naturaleza cuya vista cautiva los sentidos, atrae y nos revela los misteriosos secretos de la belleza. También se organizan cacerías a Los Mogotes que es un pico situado en la sierra a 1000 metros sobre el nivel del mar, y de las cuales toma parte el elemento fuerte. Las noches transcurren en agradables veladas y bailes pues como es grande el número de pasajeros no falta diversión a toda hora.
Las familias que veranean por allí son las de Quintana, Del Barco, Peña, Madero, González Garaño, Tedín, Alvear, Mon, Caeiro, Beazley, Mujica Farías, Martínez, Varela, Demarchi, y se espera la llegada del presidente de la república para el cual se ha preparado un suntuoso alojamiento y en honor del cual se organiza una digna recepción y un programa de variadas diversiones."

De 1910 data el siguiente panorama turístico serrano, donde convivían los apellidos lustrosos y familias de la burguesía:

"Comunican de Córdoba que este año se ven muy concurridas allá las estaciones veraniegas: Cosquín, Ascochinga, Alta Gracia, Totoral, Capilla del Monte, Jesús María. Los hoteles están casi llenos, aportándoles su mayor tributo de clientes Córdoba, Buenos Aires y Tucumán.
El gobernador, que se encuentra en Cosquín, irá a fines de este mes a Capilla del Monte, para asistir a la bendición del templo local, que se llevará a cabo el 30 y dará motivo a lucidas fiestas.
En Cosquín se trata de hacer un programa de fiestas y paseos, para lo cual se ha constituido una comisión de damas y caballeros. (...) En Ascochinga hubo el domingo por la mañana una fiesta religiosa en la capilla local, y una gran cabalgata por la tarde.

Las familias de Sansinena y Rodríguez Larreta-Quintana dieron elegantes fiestas últimamente, aquélla con motivo del cumpleaños de la señorita María Esther.
En Alta Gracia se hace una vida muy activa."

Víctor Ramés

Informes →

Érase una vez en Cuesta Blanca

10.02.2026

Adrián Savino

No es un camping como solemos concebirlo, tipo empresa o emprendimiento comercial, sino un emplazamiento espontáneo y gratuito de decenas de carpas.

Está en un sector del río a unos tres kilómetros del puente de Icho Cruz, donde se encuentra la planta potabilizadora del agua que se consume en Carlos Paz.

Allí, a unos doscientos metros de los filtros, está el almacén de Antonio. Éste hace las veces de "proveeduría", con pool, metegol y un discreto mirador de cemento encofrado.

Antonio es flaco, barbudo y estrábico. Lo acompaña su esposa, conocida por todos como "la Negra", siempre ceñuda y seria, y con fama de muy muy mala.

Desde el mirador puede apreciarse a la derecha la desembocadura de un arroyo en el río, y a la izquierda el balneario propiamente dicho: un recodo espectacular con playa y olla, coronado por el trampolín natural de piedra conocido como "la cabeza de mono".

Llegamos allí con Cabeza y su papá, habitués del lugar desde hace varios veranos.

El camino va subiendo y bajando entre la sierra, acompañado por el trayecto de dos tubos

que transportan el agua de la planta y que van sobrevolando tramos a diferentes alturas.

Antes de llegar se cruza el vado del arroyo. Es una bajada-subida bastante pronunciada, que los caños atraviesan a unos diez o quince metros de altura.

El padre de Cabeza nos cuenta que antes, esos tubos no eran dos sino uno solo. Y que una vez que el arroyo estaba crecido y el vado era impasable, un muchacho que debía volver sí o sí a Córdoba para trabajar al otro día, cruzó haciendo equilibrio los treinta metros de caño hasta el otro lado. Al llegar, dice que el tipo se clavó media botella de whisky de un trago.

Los días de vacaciones transcurren entre la carpa, el río y lo de Antonio. Hay bastante gente, incluidas algunas chicas con las que entablamos relación pero sin poder avanzar todo lo que quisiéramos. A un par de ellas, con el correr de los días, las llegan a visitar los novios de los que ellas no perdían ocasión de hablar al mismo tiempo que nos coqueteaban.

También hacemos amigos porteños, punks y afterpunks.

Los primeros son Los Des-K-Ria-2: un supuesto trío musical que llega incluso a interpretarnos a capella una de sus canciones. Ésta habla de la novia de uno de ellos, una menopáusica a la que le encanta que le rasguen las tetas con una gillette.

El afterpunk es Iván, un rubio con corte carré y siempre vestido de negro pese al calor. Es hijo de una periodista cordobesa, novia de un encumbrado político progresista brasileño, que años después será rotundamente abducida por el Grupo Clarín.

Iván nos hace escuchar un TDK cromado con una música aterradora e irresistible: es el disco *In the flat field* de Bauhaus, al que todavía le faltan un par de años para su edición argentina.

Con la partida de tan singulares amigos, quedamos de pronto sumidos en un estado de aburrimiento que ni el exquisito morfi de campamento del papá de Cabeza consigue mitigar.

Es la siesta. No hay ganas ni de río ni de Antonio. ¡¡Ni de chicas!!

Cabeza señala hacia arriba y nos dice: miren. Levantamos la vista y vemos la montaña más alta de la zona, coronada por una visible cruz de madera.

-Todos los veranos vengo y tengo que ver esa cruz de mierda –afirma Cabeza como pensando en voz alta-. ¿Por qué nos tiene que dominar, digo yo? Subamos y la hagamos bosta, no la quiero ver más.

Así que allá vamos al otro día temprano en la mañana, los cuatro con un hacha.

Llegamos, y desde lo alto se ve todo, todo, todo: los filtros, el puente, el vado al otro lado, el camino a la isla de los hippies...

Por turnos le vamos dando a la cruz, son dos horas y media o tres meta hachar, hasta que por fin cae.

Cae la cruz y bajamos como tiro por la montaña, cagándonos un poco de risa y otro del cagazo mismo.

Nos pasamos el resto del día sin hablar de otra cosa, entre orgullosos y avergonzados de la proeza.

Al otro día nos levantamos y miramos: la cruz ya no está.

Otro día, y otro más, y después ya casi no volvemos a mirar.

Hasta el último de esas vacaciones, que uno (no me acuerdo quién), levanta la vista: ¡¡¡Miren culiados!!!

Hay una cruz nueva en el cerro más alto.

Mucho más chica pero no hay caso, ahí está nos guste o no: una cruz al fin.

Adrián Savino

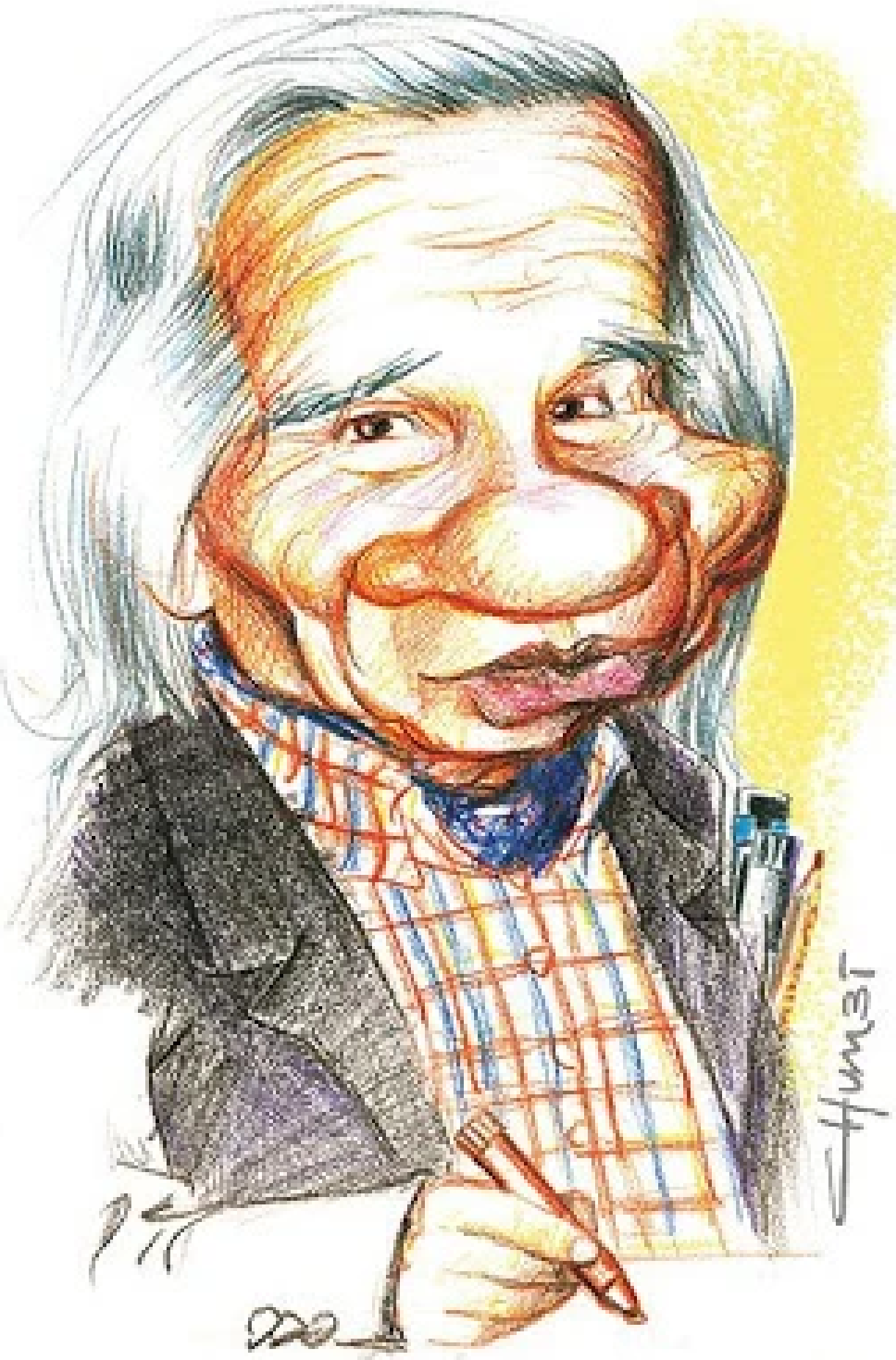
Contame-la →

Sarlanga, el ser imaginario

10.02.2026

La diagramación y los textos

Luis Rodeiro



Sarlanga por Chumbi

En muchos casos los textos, ya sean literarios, periodísticos, valen por sí, cuando están bien escritos. Pero todo texto, aún los bien escritos, que encuentran su diagramador artístico, se agrandan, se embellecen, se tornan un placer que estalla en el lector y provoca una sonrisa de satisfacción.

A veces el trajinar diario, te depara sorpresas y concatena situaciones. El 25 de noviembre del 2025 me encaminaba hacia la Biblioteca Córdoba, donde se presentaba la reimpresión del libro del querido Sergio Schmucler, *Detrás del Vidrio*, su novela sobre el exilio, como un nuevo homenaje póstumo. Como suele ser mi costumbre, cada vez que puedo, hago una estación previa en la librería de mi amigo el *Corcho* Godlberg, que me recibe como siempre regañándome por mis espaciadas visitas, no porque me falten ganas, sino por los 82 años que calzo (este año se agregó uno). Conversamos un largo rato y anuncié la partida. Entonces se agachó hasta el último estante de su biblioteca de exhibición, tomó una revista y me la regala. Me causa sorpresa porque se trata de una publicación editada el 27 de octubre de 2016, por la Unión Obrera Gráfica, que recuerda al Diario Córdoba, en el contexto del periodismo en los años de plomo. Las fotos de las tapas muestran el local del diario y rescata su lema, aquella frase de Almafuerte que dice: "Aquí estoy para decir lo que nadie podrá nunca olvidar ni desmentir". Puedo adivinar sin esfuerzo que detrás de esa idea y de ese homenaje, está la querida Hilda Bustos, líder del gremio, luchadora permanente por los derechos de los trabajadores, con la fuerza y la pasión de Raimundo Ongaro, el *Negro* Atilio, el *gringo* Tosco, aquel Elpidio, el René Salamanca y tantos otros. Han pasado sólo unos pocos minutos y mi vida se llena de memoria.

Esa noche, me llevé la vieja revista para leer en la cama y quedé prendido de la primera nota, cuyo título dice *Sarlanga & Salzano*. Y ya no puedo conciliar el sueño. Dice Salzano, "a Sarlanga lo sujetas por los tobillos, lo ponés cabeza abajo, le das un golpe en el trasero y, como mínimo, cae una docena de historias diferentes".

Confirmado. Lo conocí en nuestro paso común por el Diario Córdoba, en una nueva etapa de su larga historia. Nos sentábamos frente a frente, diagramando nuestros suplementos de Política y Cultura. Fue allí, que descubrí que *Sarlanga* era un ser imaginario. Fue allí donde aprendí el valor de la diagramación, su relación amorosa con el texto, el valor de los espacios, las formas osadas de presentación. Se me reveló que era él, quién estaba detrás de los textos de la inolvidable revista *Crisis,* que revolucionó la diagramación de una revista cultural, donde *Sarlanga* departía con Vogelius, con Galeano, con Zito Lima, con Gelman y tantos otros consagrados, diseñando sus textos. Con él, en mi caso, se trataba de un trabajo común, porque generalmente yo llevaba

material para ilustrar, que él solía aceptar con alegría para convertirlos en la base de su creación y allí ponía su imaginación desbordante al servicio del texto.

***

Me intrigaba el *Sarlanga*, que ostentaba como nombre, apellido y apodo. Me enteré después que se llamaba William Hermes Ruccio y que su apodo estaba directamente relacionado con Jaime "Piraña" Sarlanga, centro delantero de Boca Junior y de la Selección, famoso por su habilidad y elegancia, según sus biógrafos. Ese nombre le caía bien y perduró. Comenzó su tarea creativa en el Diario Clarín, a los 17 años. Una larga historia, donde sus biógrafos destacan precisamente lo que aprendí de él, su estilo innovador, iconoclasta, desbordante. Salzano lo pinta de cuerpo entero cuando escribe en la revista regalada: "con una sonrisa de ciruja que no acaba de fiarse de nada ni de nadie y con una camisa de artista que le asoma por la barriga del pantalón como la crema de un merengue; cada vez que lo encontrás por ahí callejeando, le das un gran abrazo, porque no sólo se trata de un mago del afecto sino porque, con un lápiz de carpintero detrás de la oreja, es capaz de trazar, allí mismo, el plano de una nueva publicación".

***

Lo encontré una mañana al mediodía caminando por la peatonal. Nos abrazamos y me dijo: *por fin te encuentro. Estoy trabajando en un desafío. Quiero hacer un libro con textos y dibujos sobre mi vida y necesito urgente un texto tuyo.* Se lo prometí.
Comenzaba así: "Por única vez me pasó que un pez, muy especial, me pidió que lo pescara. Un pez diagramador, artista exquisito, que respondía simplemente al nombre de *Sarlanga*, sin saber yo si era su nombre, su apellido, su alias. Ese *Sarlanga*, a secas, que había engalanado revistas, diarios, portadas. Que era amigo de grandes protagonistas del pensamiento, incluso de dirigentes políticos y sociales. Cuentan testigos que una vez que el diario La Voz del Interior (de otros tiempos), donde entonces trabajaba Sarlanga, había sufrido un atentado con explosivos de los "odiadores" de siempre, el matutino, entonces todavía muy digno, había invitado para el acto de desagravio al Presidente Alfonsín.
Una fila de periodistas y de trabajadores del periódico se había dispuestos en la entrada, dejando un estrecho pasillo para que pasara el invitado especial. Alfonsín y su comitiva habían comenzado el recorrido y de repente el Presidente se detiene. Se corre hacia un costado y dice en voz alta *¡Sarlanga!* y lo estrecha en un fuerte abrazo. Así me lo contaron.

Sí, el querido *Viejo Sarlanga*, el gran pez diagramador, me pidió que lo pescara. *Sarlanga* diagramaba los suplementos especiales, el de Política y de Cultura, que yo dirigía. Compartíamos, durante un buen tiempo, ese acto de creación que tenía el diseño del *Sarli.* Andaba con el proyecto de ese libro con opiniones, pensamientos, textos, que contaran parte de su historia y a los que ilustraba con mucha pasión. Alcancé a ver parte pequeña de esa aventura hermosa, que era un refinado delirio y que quedó inconclusa e ignoro dónde quedó esa suerte de esbozo. Le escribí mi texto. Sé que le gustó y por un tiempo lo fue mostrando a otros convocados. Esa pesca, tan especial, tenía como título: *Sarlanga, un ser imaginario.*

Decía así: "Si Jorge Luis Borges hubiese tenido la oportunidad de compartir con *Sarlanga* una Redacción, no dudo que lo habría incluido en su catálogo de seres imaginarios. Pero intuyéndolo, Borges confesó que un libro de esa índole es necesariamente incompleto. Yo que lo conocí y compartí con él la edición de unas cuantas páginas, en distintas Redacciones, puedo asegurar que es un ser entrañablemente imaginario. Claro, cuando después de muchas vueltas y acomodos, se sienta con el texto en la mesa y entra en el trance de la creación; lo he visto, por ejemplo, asirse de la cola, de muchos metros de largo, del animal soñado por Kafka; lo he visto montado sobre Sleipnir, el caballo del dios Odín, que tiene ocho patas y que anda en la tierra, por el aire y por los infiernos. El ser imaginario *Sarlanga* luce larga cabellera, que los años la van pintando de blanco; su ropa se la prestan los ángeles de Swedenborg, que resplandecen según la inteligencia y el arte que diseña. En el momento cumbre de su creación, no sé por qué raro artificio asume la forma de una vieja lapicera de plumín, que dibuja, proyecta imágenes y escribe con trazos perfectos y de colores. Puede pasar que en esa calentura artística, con una mueca y una sonrisa inconfundible, te muestre el proyecto terminado, innegablemente bello y te pregunte ¿no soy el mejor? Y remate con la noticia que, en verdad, le sobra la mitad del texto. Y no hay nada que hacer, porque es el momento en que se convierte en Mantícora, gigantesco león rojo, de rostro humano, con tres filas de dientes que te dice con palabras de Flaubert: los tornasoles de mi pelaje escarlata se mezclan a la reverberación de las grandes arenas. Soplo por mis narices el espanto de las soledades. Escupo la peste. Derroto los ejércitos, cuando éstos se aventuran en el desierto. Y entonces, no tenés más remedio que otorgarle una página más, para que el texto pueda ser leído completo. Pero con un diseño inmensamente bello. Por eso sostengo que *Sarlanga* no existe a pesar de su forma humana. Es un ser imaginario, que merecería estar en el libro de Borges. La única duda que me queda, y que le da condición humana, son los tallarines que amasa y que te los sirve con una salsa poblada de albóndigas mágicas. Aguante, *Sarlanga*, que usted es el mejor". O cuando veía una

piba hermosa le gritaba: "Vení, vení, que te hago un retrato". Me hubiere gustado ver esta ofrenda en aquella historia ilustrada que soñó. Falleció el 27 de septiembre de 2015. Y no pudo ser.

Sarlanga y Eduardo Galeano

Fotos: página de Facebook "Maestros del Periodismo"

Luis Rodeiro

Contame-la →

Enero en la piel

10.02.2026

Omar Hefling

"El porvenir, si aún tiene posibilidades, es para los que sepan mezclar la compasión y el estoicismo de los santos, el espíritu guerrero y decidido del militante, y la capacidad del poeta para vivir en la ausencia de sentido". Jorge Alemán

Ilustración: artista Selene Cráteres

La cita extraída de una nota reciente de opinión en el diario Página 12 de Jorge Alemán nos invita al menos a pensar que ante la ausencia de sentido el porvenir sea distinto a este presente. Esta crónica será breve. Enero me empuja a la vagancia más que ningún otro mes en el año, y en el resto, vamos a ser sincero, no soy tan voluntarioso que

digamos. El comienzo del año me sorprendió en una reserva natural del Río Quilpo, lejos del ruido mundano y de los medios de desinformación. Ya en la ciudad, un par de noches me pegué como un bicho a un parabrisas, a la pantalla de la tv. Y qué hay en verano para ver por la noche, los festivales folclóricos que si se los toma con algo de humor son realmente divertidos, si se los toma en serio comienza uno a golpearse la cabeza contra una puerta. El Festival de Doma y Folclore de Jesús María es el primero de los grandes, festival que ya debería llamarse de otro modo, dado que la doma sigue pero el folclore está yéndose despacio de ese escenario. Esto último corresponde con la época, estas políticas neoliberales de las extremas derechas que tanto gustan en esta región, se expresan claramente en vaciar de sentido a la esencia, en este caso de los géneros musicales que representan las identidades de punta a punta del país.

Soy un rehén de las generalidades pero no me importa, debo confesar que vi parte de tres noches, en una fui testigo de un encuentro monocorde insuperable, cantaron juntos Luciano Pereyra y Nahuel Penissi, voces sin matices, monótonas, especies de balidos de corderos (que en el caso de los corderos expresan el dramatismo según la situación que estén viviendo). Los cantantes, ni siquiera.

Todos estos acontecimientos artísticos tienen un solo hilo invisible que los vincula: ahora a través de la cumbia romántica y la canción romántica. El propósito encaja en reducir todo al ámbito de la intimidad. En definitiva, cuando en el escenario hay poco, en el campo de la doma domina el juego de luces, cuando todo va mal para la mayoría aparece el espectáculo para salvarnos. Y la canción romántica es el adormecedor de conciencias más eficaz, más inclusive que el glifosato con las malezas de las siembras que para mejorar las ganancias no solo matan los yuyos malos sino todo lo que vive. "Es el folclore que nos sigue uniendo" dice un cantor y sale balando una balada. Y lo que también me llamó la atención de lo que mostraba la televisación de los SRT fue el público, ya no es en su mayoría un público bien popular, debe tener que ver el alto costo de las entradas seguramente, en cambio se impone una mayoría de lo que podríamos denominar una pujante clase media rural, todes, hombres y mujeres con las gorras vascas que han reemplazado al sombrero que usaban los paisanos, luego de la 125. Otro aspecto interesante que tanto los conductores como los payadores claman a los gritos por una patria que ya no existe. Los nobles caballos ya no representan lo que fueron sino solo de modo marginal, yo que me he criado en el campo puedo decir con cierta autoridad que los caballos que se utilizan para la doma no sirven nada más que para ese cruel espectáculo. Antes el caballo no se domaba en general para la utilidad deportiva, se lo amansaba para las tareas rurales.

Otra cuestión deplorable fue ese penoso *streaming* del festi conducido por dos primates de la comunicación que terminaron perjudicando la buena televisación de Canal 10.

Parece que la conducción de este festival que pasó recientemente se encargó de limpiar a los artistas que en el escenario pudieran cuestionar al actual gobierno nacional. Si quedaron aquellos, claro, como el Chaqueño Palavecino, tan afín a las políticas de derecha que fue elegido para recibir al presidente en el escenario.

Pero por suerte también hay artistas valientes como los integrantes del Dúo Coplanacu que dijeron lo suyo, y espero que por esto no les pasen factura: "Alguien que ningunea el reclamo social después no puede venir inocentemente a sumarse a la celebración del pueblo", afirmó Roberto Cantos como para poner las cosas en claro.

Cuando esta nota aparezca en **Tierra Media**, la actualidad de estos momentos ya no le importará a nadie.

Omar Hefling

Contame-la →

Sombraitoro, la banda sonora del sur de Punilla

10.02.2026

Cuando late el pulso musical de las sierras

Santiago Pfleiderer

Ahí donde se encienden los fogones, donde se habitan los patios descalzos, donde los mates y las botellas giran alrededor de un fuego, **Sombraitoro** despliega un arsenal de amor atómico en forma de canciones que nos conectan con nuestras luces y sombras. La banda del sur de Punilla brota con la lluvia para recordarnos que encontrarnos –todavía- es sentirnos vivos.

Sombraitoro (Gentileza)

Los días de verano pueden resultar sofocantes y más, sobre todo cuando el cuerpo se calcina en el cemento de las ciudades. Entonces no cabe otra opción que la de armar la mochila y escaparse a cualquiera de los hermosos rincones que ofrecen las serranías cordobesas a muy pocos minutos de la ciudad capital.

El arte no se puede disociar de ciertos espacios físicos. Todos somos fácilmente localizables en algunos lugares que nos identifican. Nunca faltan esos reductos con buena música, tragos frescos para el calor y tragos calientes para el frío. Nunca faltan las amistades y las buenas charlas. Son un refugio, nada más, cuando la calle quiere expulsarnos de sus veredas.

Pero cuando la ciudad se convierte en un perro malo -de esos que buscan morder los tobillos- no queda más remedio que buscar nuevos rumbos. Hay días en los que la ciudad asfixia, cachetea, te tira de las orejas, del pelito de la nuca. La gota gorda en la frente es señal de que necesitamos un respiro, de que tenemos que ensuciarnos un poco los pies y mirar el cielo que las luces anaranjadas no nos dejan ver. Pero, por suerte, la ciudad nos ofrece una autopista cercana que es el canal irremediable a destinos de contemplación y alivio.

Saliendo por la antigua ruta que une a Carlos Paz con Traslasierra, más allá del lago y de los pequeños cerros pero antes de las Altas Cumbres, existe una mágica comarca que los mapas modernos han denominado como el sur del valle de Punilla. Estas tierras de cerros dorados, de ríos de cobre y de cielos volcánicos nos convocan al viaje místico por los pasillos de nuestras fantasías hacia esos rincones que sólo existen en las amarillas páginas de los libros olvidados bajo el acero de la industria y el ritmo vertiginoso de los relojes.

Imaginen un lugar donde las curvas se pierden en los calurosos montes de espinillos, algarrobos, chañares y quebrachitos, donde los pinos también se erigen en el pedestre paisaje incendiado por la tarde. Los ligustros y los paraísos van dibujando la silueta de los ríos iodados por los misterios de las sierras altas. Desde sus fauces se desprenden arroyos y ríos que forman la lengua de iodo capaz de curar –o al menos de aliviar- los males del mundo.

Más allá del lago, donde el valle se termina para dar comienzo al sinuoso camino de montaña, existen lugares para disfrutar de las sombras y del viento que baja desde los viejos cerros, corriendo por la larga y serpenteante cuenca del viejo río San Antonio. Las pircas y los espinillos nos recuerdan que esas tierras fueron de hombres vestidos de cueros que aprendieron a volar junto a los jotes y a los cóndores.

Pero cada lugar tiene su banda de sonido, y las canciones que identifican al sur de Punilla vienen de la mano de un grupo más serrano que la peperina: **Sombraitoro**, una banda de reggae, reggae serrano y chuncano -como lo definen sus integrantes-, funk, rock, y canciones que trascienden los géneros.

Sombraitoro es una banda que tuvo sus orígenes allá por los años noventa cuando Magú Appella junto a Raúl Pandolfi, Diego Lucientes, Pablo Perazolo y Lucas Ramírez decidieron hacer una banda de reggae que fusionara sonidos latinoamericanos denunciando los abusos del neoliberalismo; esta formación grabó un disco titulado *Colectivo al Infierno*. Luego, el proyecto quedó en pausa y, años más tarde –allá por 2007- resurgió con una reformulación tanto en su formación como en su búsqueda sonora.

Ya compuesto por Magú Appella (guitarra y voz), Nacho Appella (bajo), "Rama" Zárate Gigli (cello), Diego Sánchez Galeassi (batería) y Gonzalo Altamirano (guitarra), **Sombraitoro** comenzó a desarrollar una carrera sostenida en el tiempo que le daría tres discos: *Reggae Chuncano* (2010), *La Magnífica Puesta en Escena del Universo* (2014) y *Siete* (2019). En 2020 lanzaron un sencillo titulado "Tardará Generaciones".

Con el paso de los años la formación volvió a modificarse, incorporando a coristas y a otros músicos. Actualmente la banda está integrada por Magú Appella (guitarra y voz), Nacho Appella (bajo), Gonzalo Altamirano (guitarra) y Diego Sánchez Galeassi (batería).

Desde San Antonio de Arredondo, Mayú Sumaj, Icho Cruz y Cuesta Blanca, toda la mística ancestral de las sierras cordobesas se complementa con un sonido arraigado a la tierra y, a la vez, abierto al cosmos. Reggae, funk y aires de música folklórica y latinoamericana se nutren de una poesía genuina y vernácula con alto contenido social, y con todo el sabor del aire de las alturas y la frescura del río viejo.

Los tres discos de la banda desarrollan un universo conceptual de dimensiones profundas y filosóficas donde la identidad inicial del reggae es ampliamente superada. No se trata de una búsqueda experimental forzada, sino de una integración sólida y de la excelente implementación de matices musicales de la América profunda y ancestral, el folklore, la cumbia, y buenos coqueteos con el funk y otros brotes de la música negra.

El nombre de la banda proviene de un arbusto que es de una belleza y de características muy particulares, y que se localiza en las sierras de Córdoba cuyo nombre es Sombra de Toro o Peje, y es utilizada desde tiempos inmemoriales para curar trastornos digestivos, heridas y afecciones vinculadas a la piel. Una planta medicinal que, como la música del grupo, sana desde lo profundo.

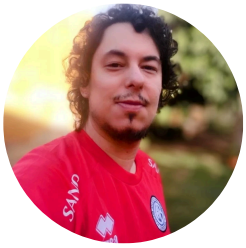
Como muchas propuestas musicales que abundan en estas tierras, y que logran sobrevivir a la erosión del tiempo, a las tecnologías y a los malos gobiernos, **Sombraitoro** es de esas bandas que nos demuestran que hasta las etiquetas más prefijadas y establecidas resultan pequeñas, y hasta inútiles. *Reggae Chuncano* es la denominación del género que esta banda realiza, según sus protagonistas. Chuncano, en este caso, denota un sonido con tintes acústicos pero psicodélicos y profundos, olor a madera, a tierra vieja, piedras y espinillos.

Sombraitoro es una banda de músicas y de sabidurías ancestrales. Sus canciones encierran el tiempo y el paisaje: mica, amor seco y ríos iodados. Revisan una historia de injusticias olvidadas, un presente inconforme y un futuro de hermandades. Son, también, el fresco murmullo del río, un mapa de memorias colectivas y el vuelo majestuoso del cóndor.

Click para ampliar

La banda se presentará el viernes 20 de febrero en el CCCA (Centro Comercial a Cielo Abierto) de la localidad de San Antonio de Arredondo, para quienes anden paseando por las sierras. La ubicación es sobre la costanera del río San Antonio, Avenida Cura Brochero sin número (Ruta 14) a la altura del puente peatonal. El evento comenzará a partir de las 20 horas y habrá *foodtracks* y atracciones variadas, además del show de **Sombraitoro** y su arsenal de amor atómico. Encontrarse es vida.

Spotify (https://open.spotify.com/intl-es/artist/4MGjGrAnqEGvZwu39yoxM7?si=D_WErgt4Tk2H_hkfnM_3pA) Instagram (https://www.instagram.com/sombraitoro/)



Santiago Pfleiderer

Hashtag Sumaj →

Ojalá no lo hubiéramos hecho

10.02.2026

Marta García

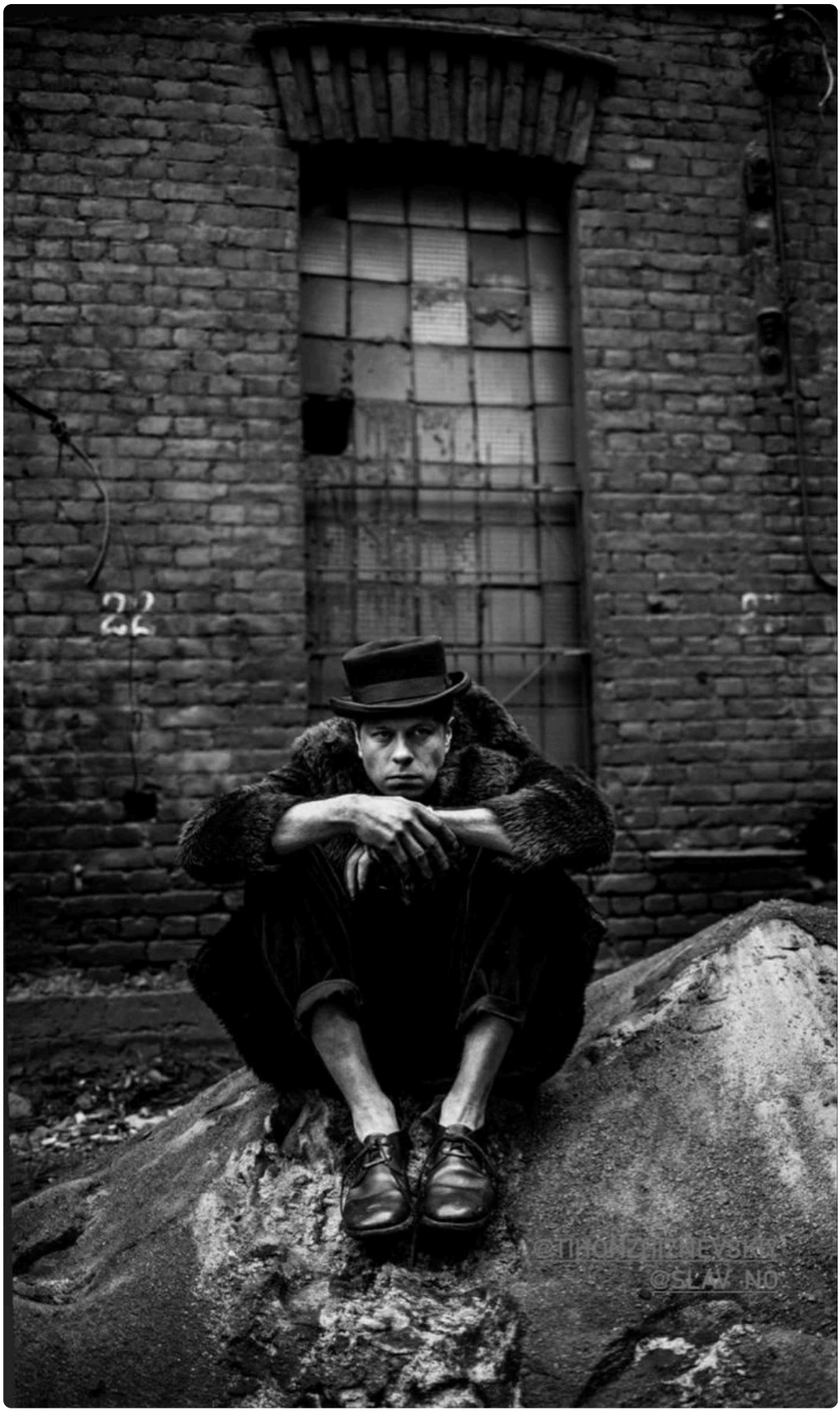


Foto: Slava Novikov

El barrio se ofrecía a precio de costo. Teníamos demasiado espacio y pocos habitantes. Julia no dudó en tomar la oferta y se mudó con lo puesto: una rosa en la cabeza, una botella de grapa en la mano y un morral empachado de recolecciones. "Todo lo que tengo lo llevo encima", esas siete palabras fueron las únicas que salieron de su boquita

pintada por el sol. Desde ese instante no volvió a hablarnos con las cuerdas vocales sino a través de una escoba. Entendimos que no le gustaba que nos metiéramos en su vida. Se lo respetamos porque las calles necesitaban más compatriotas, el bar de la esquina clientes y las veredas temas de conversación. De todos modos, la curiosidad nos había enseñado a barrer de reojo y nuestras escobas pudieron seguir los pasos de la suya. La sumamos a nuestra diminuta población sin que se diera cuenta. Ojalá no lo hubiéramos hecho.

Descubrimos que barría la vereda con la actitud de quien quiere borrar rastros y de golpe le agarran ganas de escribir para delatarse a sí misma. Al menos eso nos parecía cuando desenfundaba una libretita y un lápiz y hacía anotaciones mirándonos como si estuviéramos confesando un crimen. "Ninguna mujer se pone lírica con una escoba si no es para esconder algo", comentaba el mozo del bar con tiempo libre para las sospechas misóginas. Para el resto, solo lo hacía como coartada para no barrer. Deducciones más flojas que las baldosas de este barrio sin mantenimiento.

Hasta a la soledad le parecía que vivía demasiado sola. Julia era una muela picada incrustada en la cuadra. Para su cumpleaños mandaba una tarjeta con letra prolija y fúnebre: "Rogamos confirmar su ausencia". Como no decía nada sobre llevarle o no regalos, se los tirábamos por encima de la medianera y su patio se los fue tragando sin abrirlos.

Nos enterábamos cuando algún amorcito la abandonaba porque el corazón se le partía como una nuez reventada a martillazos. El ruido nos informaba sobre su desventura nueva. Pero hacíamos oídos sordos, los fracasos amorosos no quieren testigos.

Nunca supimos si se bañaba no porque nos importara la higiene juliana sino porque nadie se acercaba lo suficiente para comprobarlo. De haberlo hecho, el olor a grapa nos habría perforado el tabique nasal antes de llegar a la verdad. Hay borracheras en las que no es conveniente meter las narices.

La noche del desastre se escuchó un golpe. No fue fuerte, pero sonó definitivo. *Parece que la dejó el último de sus amorcitos. Es la grapa. Se le cayó la escoba. El mozo del bar le pegó un tiro, la tiene entre ceja y ceja*, comentábamos en una serie indefinida de estupideces. Unas pocas cosas nos contaron todo: la puerta abierta como una boca sorprendida, la botella de grapa llena, la escoba apoyada contra la pared, cada una ignorando que jamás lograrían trabajar solas. No había signos de pelea. Por las dudas llenamos nuestros puños de bruxismo y entramos. Estaba en el fondo del patio. Debajo de una maceta rota su cabeza en forma de rosa capturada entre páginas de un libro, destilaba muerte sorpresiva. No pidió ayuda porque no nos dirigía la palabra desde que

nos habíamos metido con su vida. Se fue de la misma manera en que había llegado, con lo puesto. Lo que fulminó nuestra vida cotidiana fue advertir que la rosa en su cabeza había estallado cubriéndole hasta sus labios de aserrín.

Intentamos volver a nuestra vida sin pérdida de masa encefálica, pero no la encontramos tal como la habíamos dejado. Nos faltaban cosas simples: lo que barrimos de reojo, el ruido de los amorcitos, la medianera de los regalos. Todo desaparecido de un modo prolijo, casi cariñoso, siempre fúnebre. Y comenzaron a suceder cosas complejas: las puertas daban a habitaciones que no sabían quiénes éramos, los relojes marcaban horas que habían pasado de largo, los colectivos doblaban en calles sin salida, el bar de la esquina estaba a mitad de cuadra sin mozo y las escobas funcionaban solas. Algo se había desplazado.

Aunque la regalemos, ya nadie quiere mudarse a una ciudad perdida en su propio territorio. Nunca supimos a quién se le había ocurrido la brillante idea de regalarle una maceta a Julia cuando lo más pesado que le revoleamos por encima de la medianera fue un corpiño con armazón de alambre. Habrá sido una fugitiva de la justicia o del abandono pero tomaba grapa con inocencia, barría como escribiendo, entretenía nuestras veredas y aumentaba el número de habitantes.

Lo de Julia ocupó todos los espacios barriales. No teníamos alojamiento disponible. Y, sin embargo, ella seguía llegando y seguíamos recibiéndola provocando sus numerosas muertes. Ojalá no lo hubiéramos hecho. Ya no nos cabe una Julia más.

(En nuestro barrio se contaba esta historia de mil maneras. Nos quedó en la memoria la que nos relató el mozo del bar de la esquina porque es la más creíble: habla mal de él. Julia desapareció en 1977).

Marta García

Contame-la →

Mané Garrincha, el torcido que torció el destino de la torcida

10.02.2026

Arturo Jaimez Lucchetta

Libre, puro y veloz; como las garrinchas del Mato Grosso, Mané fue la alegría del pueblo brasileño.

Manuel Francisco Dos Santos fue un zambo pobre, nacido en los suburbios de una ciudad del estado de Río de Janeiro. A los diez años cayó en el tabaquismo y, tiempo después, mientras era sometido a la esclavitud en una fábrica textil, también en el consumo problemático de alcohol.

De piernas torcidas y asimétricas por las secuelas de la Poliomielitis, Garrincha triunfó en los potreros de su pueblo hasta que, con menos dieciocho años, debutó en la primera de Botafogo.

Lejos de achicarse por su discapacidad, le sacaba ventaja desorientando los rivales con regates imperfectos e indescifrables, como su pierna derecha siete centímetros más corta que su pierna izquierda.

Con el Fogao ganó tres títulos cariocas y brilló durante más de quince años.

Mientras los rescoldos amargos del duelo del maracanazo y un frustrante sexto puesto en Suiza 1954 aún calentaban las arenas de las *praias*, Mané fundaba el Scratch y cambiaba la historia. Brasil, que no fue protagonista de la vanguardia futbolística de América Latina y del mundo en la primera mitad del siglo XX, daba vuelta el viento como la taba.

Junto a Pelé, un joven de dieciocho años que venía del Santos, lograron dos mundiales y, jugando juntos con la *verdeamarela,* no perdieron nunca.

Si bien Pelé ganó tres títulos del mundo y goza las coronas en una rebeldía nula, Garrincha fue determinante en las copas de Suecia 1958 y Chile 1962, donde Pelé salió lesionado en el segundo partido y no volvió a jugar.

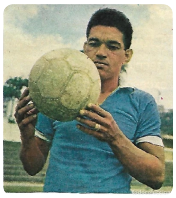
Mané fue el jugador del pueblo. Era más reconocido que el "Grito de Ipiranga" y más famoso que la *Garota* de Vinicius de Moraes. Como si eso fuera poco, pintaba en la cancha mejores cuadros que los campos de Cándido Portinari.

Mané fue elegido el mejor jugador del mundo en 1962, pero la moralina de los que no soportan el olor a pobre, lo borraron de las páginas centrales de los álbumes de las figuritas.

Quizá así está bien, Mané no quería honores; era indiferente tanto a la importancia de los logros, como también a las miserias de su adicción. Tal vez por eso, con la misma indiferencia que encaró aquella final en Santiago, vivió como los cínicos de Diógenes de Sinope, esperando que Dios provea. "¿Hoy es la final?", preguntó en Chile y, ante la respuesta afirmativa, dijo con frescura de niño: "Ah, por eso debe haber tanta gente".

Marginado, como un buen *wing* derecho, pobre, alcohólico y con los fuelles llenos de nicotina; murió antes de cumplir los cincuenta.

En esas tinieblas donde no hay Dios que provea, quizá seguía haciendo preguntas, pero no obtuvo respuestas.



Estadio Mané Garrincha, Brasilia

Pelé y Garrincha

Arturo Jaimez Lucchetta

Contame-la →

Joao, la chica y el perro de Ipanema

10.02.2026

Luis Eliseo Altamira

Joao Gilberto

Joao Gilberto tenía catorce años cuando agarró una guitarra por primera vez. Seis años más tarde se trasladó a Salvador, con la intención de convertirse en cantante de radio. Continuó luego hacia Río de Janeiro, dónde alcanzó cierta fama como vocalista en el grupo *Garotos da Lua,* del que fue expulsado por su carácter indisciplinado.

A mediados de los años cincuenta, haciendo variaciones al tema *Rosa morena*, de Dorival Caymmi, inventó el ritmo, el tratamiento armónico y la estética de lo que después se denominaría *bossa nova*. Joao mostró sus hallazgos a Antonio Carlos Jobim, quién compuso varias canciones en ese estilo, algunas de las cuales integrarían *Chega de saudade*, el disco con que ambos pondrían patas para arriba la escena musical del Brasil.

*

A principios de los 60, Jobim y Vinicius de Moraes acostumbraban a reunirse en el café Veloso, cito en la esquina de Prudente de Morais y Montenegro, en el barrio de Ipanema. Se cuenta que una chica pasaba todos los días por allí, rumbo a la playa, perturbando a los concurrentes. Vinícius y Tom le hicieron una canción. El tema, cuyo nombre original era *Menina que passa*, fue incluido en la comedia musical *Dirigível* y grabado en el disco *E todo bossa,* de Pery Ribeiro. Posteriormente, Norman Gimbel la adaptó al inglés para la versión que figura en el álbum *Getz / Gilberto* (cantada por Joao, con Jobim al piano y Stan Getz al saxo), la que la internacionalizó dando renombre mundial a la playa carioca.

*

Por entonces, un pescador del lugar apodado Kabinha (que le había enseñado a Jobim los secretos de los anzuelos), descubrió bajo su mesa del bar *Jangadeiro* a un perrito callejero. El pescador pidió una cerveza helada para el animal y el perrito se la tomó. La escena se repitió al día siguiente. Barbado, tal el nombre con que lo bautizó Kabinha, terminó recorriendo muchos de los bares de Ipanema y aceptando muchos de los chopps que le ofrecían. Su creciente popularidad llevó a un director de teatro a incluirlo como actor en la puesta de una obra de John Steinbeck. Al parecer, el perrito llegaba a horario, esperaba en bambalinas y nunca ladraba fuera de momento. Incluso el crítico Fausto Wolf, de *A Tribuna da Imprensa*, destrozó la puesta en su columna pero elogió la actuación del animal. En 1970, Barbado desapareció. Vavá, uno de los mozos del Jangadeiro, lo encontró meses después en la ruta, en un bar de camioneros. El mozo quiso regresarlo a Ipanema pero el perrito prefirió subirse al vehículo de un nuevo amigo. Fue la última vez que lo vio.

Helô Pinheiro, la chica de Ipanema

Bar Jangadeiro

Helô Pinheiro, la chica de Ipanema

Bar Jangadeiro

Luis Eliseo Altamira

Contame-la →